

# cuadernos de la facultad

FACULTAD DE HISTORIA, GEOGRAFÍA Y LETRAS

C O L E C C I O N

**MONOGRAFÍA  
TEMÁTICA  
2000**

Nº 6

**POESÍA DE TRES MUNDOS:  
GRECIA, ESPAÑA, CHILE**

*César García Álvarez*



UNIVERSIDAD METROPOLITANA  
DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Proyecto:

Innovación y mejoramiento integral de la formación inicial de docentes

CUADERNOS DE LA FACULTAD  
COLECCIÓN  
MONOGRAFÍA TEMÁTICA  
2000

Nº 6

POESÍA DE TRES MUNDOS:  
GRECIA, ESPAÑA, CHILE

*César García Álvarez*

FACULTAD DE HISTORIA, GEOGRAFÍA Y LETRAS

**PROYECTO:**

*“Innovación y mejoramiento integral de la  
Formación Inicial Docente”*

UNIVERSIDAD METROPOLITANA  
DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN  
FACULTAD DE HISTORIA, GEOGRAFÍA Y LETRAS

**CUADERNOS DE LA FACULTAD**

Decana: Carmen Balart Carmona

Secretaria Ejecutiva: Irma Céspedes Benítez

**COMITÉ EDITORIAL**

- |                                |                                      |
|--------------------------------|--------------------------------------|
| • Carmen Balart Carmona        | Departamento de Castellano           |
| • Guillermo Bravo Acevedo      | Departamento de Historia y Geografía |
| • Irma Céspedes Benítez        | Departamento de Castellano           |
| • Lenka Domic Kuscevic         | Departamento de Historia y Geografía |
| • Samuel Fernández Saavedra    | Departamento de Inglés               |
| • Giuseppina Grammatico Amari  | Centro de Estudios Clásicos          |
| • Nelly Olguín Vilches         | Departamento de Castellano           |
| • Iván Salas Pinilla           | Centro de Estudios Clásicos          |
| • Silvia Vyhmeister Tzschabran | Departamento de Alemán               |
| • René Zúñiga Hevia            | Departamento de Francés              |

La correspondencia debe dirigirse a la Secretaría Administrativa de la Facultad de Historia, Geografía y Letras, Avenida José Pedro Alessandri 774, Ñuñoa, Santiago de Chile.

Fono-Fax (56-2) 241 27 35. E-mail:cbalart@umce.cl

Impreso en LOM

2000

Diagramación: Eduardo Polanco Rumié

Se prohíbe toda reproducción total o parcial por cualquier medio escrito o electrónico sin autorización escrita del Decano de la Facultad de Historia, Geografía y Letras.

## ÍNDICE

	Página
PRESENTACIÓN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	6
1. Unamuno y Kazantzakis cara a cara: dos temas y dos tonos .....	6
2. La fidelidad a la sangre: los padres, la patria, la fe .....	9
2.1 Los padres.....	9
2.2 La guerra.....	11
2.3 La religión .....	12
3. El itinerario filosófico: metas y etapas .....	15
3.1 La primera etapa: el reposo en un convento, el Monte Athos (Kazantzakis) y el Convento de San Esteban de Salamanca (Unamuno).....	17
3.2 La segunda etapa espiritual: Nietzsche .....	21
3.3 Dos espacios de consuelo: <i>La flor de loto</i> (Kazantzakis), <i>El sueño</i> (Unamuno) ..	24
3.4 En la ruta de la liberación política: Hegel y Lenin.....	25
3.5 Alexis Zorba y don Quijote .....	28
4. La generación lárca de Chile .....	31
4.1 Biografías comparadas .....	32
4.2 Lo lárca y sus vertientes.....	33



## PRESENTACIÓN

*Presentamos en este Cuaderno una poesía de tres mundos: Chile, España, Grecia. Una idea común preside estos tres espacios, el hombre y su compromiso poético con las circunstancias en las que a cada uno tocó vivir. En el caso de Chile, el telurismo americano, que hizo decir un día a Ortega: “Los primeros americanos fueron los conquistadores absorbidos por la fuerza de la tierra, nos entrega aún un telurismo chileno que brota de los secretos de los lares y trasmuta la palabra y el sentir de toda una generación literaria nuestra.*

*En España se encuentra Unamuno, cuyo espacio es él mismo, según otro decir muy suyo: “Hay que unamizar a España, que es unamizar el universo y hasta el mismo Dios”. Lo itinerario de Unamuno es estudiado en contrapunto con una figura griega, Kazantzakis.*

*El autor griego es tal vez, la figura más representativa de las letras griegas del siglo XX. Como los poetas de este lado del mundo, ama su tierra –sus lares– como Ulises amó su casa por la que tanto padeció; y como Miguel de Unamuno, su casa es más que la casa del hombre, es la casa de los que aspiran a alturas que rayan incluso con la casa de Dios.*

*En un mundo de parcelaciones por obra de las especialidades, es bueno contar con estudios comparados que nos ayudarán desde otras perspectivas, a comprender mejor el fenómeno poético.*

## INTRODUCCIÓN

Grecia y España. Dos países mediterráneos. Dos confluencias con la vida de Oriente: Helenismo macedónico en un caso y arabismo español en el otro. Grecia y España, dos países indómitos, amantes de la libertad: Sostuvo España una resistencia contra el moro durante largos ocho siglos (711-1492); Grecia tomó la bandera de la libertad en 1453, y la llevó de mano en mano hasta 1828<sup>1</sup>. Dos historias unidas en Ampurias, Denia, Sagunto...; en los toros de Creta y en los toros de Guisando (Ávila), en el arte bizantino de Tahull (Cataluña), Valdediós (Asturias), San Isidoro (León)<sup>2</sup>. El levante español ¿no fue acaso una provincia bizantina durante la monarquía visigótica? Dos pueblos unidos contra el turco, en Lepanto; en el arte, con el Greco; en la poesía mediterránea de Lorca y Elytis<sup>3</sup>. También dos pueblos cercanos en figuras tan señeras como Unamuno y Kazantzakis. Dos escritores, dos filósofos, dos testigos de nuestro tiempo que vamos a estudiar en forma paralela.

### 1. UNAMUNO Y KAZANTZAKIS CARA A CARA: DOS TEMAS Y DOS TONOS

Nuestro cotejo no es forzado. Unamuno y Kazantzakis se encontraron un día cara a cara. Kazantzakis lo había conocido con anterioridad “erguido y animoso”, en Madrid. Había leído sus obras y estudiado con atención su pensamiento. Había dicho de él: “Unamuno es el hombre de mayor personalidad profética de la España moderna. Un vasco testarudo, intolerable, apasionado, de explosiva energía y humor sanchopanzesco. No sentía amor alguno por las ideologías, no por las formulaciones abstractas divertimentos de mentes ociosas y enciclopédicas. Su interés se cifraba en el hombre de carne y hueso”<sup>4</sup>.

Kazantzakis lo visita después –era 1936– en Salamanca. Está Unamuno anciano, presto casi a morir: “Llamé a su puerta y penetré en su despacho rectangular. Había muy pocos libros, dos grandes mesas, dos paisajes románticos en las paredes, grandes ventanales, abundante luz y un libro en inglés, abierto sobre el escritorio. Agucé el oído. Desde lejos podía oírse como las pisadas de Unamuno se aproximaban al avanzar éste por el pasillo. Sonaban cansadas, arrastradas, como los pasos de un anciano. ¿Dónde estaban las grandes zancadas y aquella juvenil elasticidad que tanto había admirado yo en él, hace unos años en Madrid?”<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Vacalópulos, A.E., *Historia de Grecia Moderna*, Trad. de Nikiforos Nikolaidis y Alejandro Zorbas, Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” de la Universidad de Chile, 1995, Santiago de Chile. Recomendamos al respecto la Segunda Parte.

<sup>2</sup> Sobre otras vinculaciones históricas entre Grecia y España, véase la bibliografía publicada por mí en el Anuario *Byzantion Nea Hellás* (=BNH), 6, 1982: “El tema bizantino en la literatura medieval y clásica española (contribución bibliográfica)”. Sobre la pintura románica de San Isidoro de León y sus influjos, v. mi trabajo “La Pintura Románica de San Isidoro de León”, en: *Revista Agustiniana*, Vol. XXXII, Nº 98, 1991, Madrid.

<sup>3</sup> Spinedi, Carlos, “Elytis y el Mediterráneo”, en: BNH, 9-10, 1990.

<sup>4</sup> Kazantzakis, N., *España dos rostros*, Carlos Lohlé, 1985, Buenos Aires, esp. *Salamanca*, p. 165.

<sup>5</sup> Id.

En esta ocasión, Unamuno no le deja hablar. No era fácil hablar con el monologante Unamuno. Unamuno murió el 31 de diciembre de 1936, a las seis de la tarde; al día siguiente de su muerte, Ortega enviaba un artículo a *La Nación* de Buenos Aires y, entre otras cosas decía: *“No he conocido un yo más compacto y sólido que el de Unamuno. Cuando entraba en un sitio, instalaba, desde luego en su centro su yo como un señor feudal hincaba en el medio del campo su pendón. Tomaba la palabra definitivamente. No cabía diálogo con él... No había más remedio que dedicarse a la pasividad y ponerse en corro en torno a don Miguel, que había soltado en medio de la habitación su yo, como si fuese un ornitorrinco.”*<sup>6</sup>

En esta ocasión, Unamuno habla con Kazantzakis, de su horror y desesperación ante la guerra que España estaba viviendo: españoles enfrentados, sin creer unos en Cristo y los otros en Lenin, y todos vociferando a sus líderes espirituales. Habló del desprecio al espíritu. Kazantzakis logró al fin introducir una palabra dentro del chorro verbal unamuniano: *“...Y bien, qué se supone que deben hacer las personas que aman el Espíritu?”*. Unamuno hizo entonces algo sumamente raro en él, escuchó. Permaneció un rato en silencio y nuevamente estalló bruscamente: *“Nada –rugió– nada. El rostro de la verdad es terrorífico”*. Kazantzakis añade: *“Para explicar esto tomó su novela **San Manuel Bueno, Mártir** la firmó y me la entregó monologando”*. Al final, dirigiéndose al ilustre visitante, preguntó: *“Y bien, ¿qué me dice usted?”*. El escritor griego respondió: *“Al igual que en las postrimerías de la civilización grecorromana, también hoy la mente dialéctica ha llegado muy lejos y ya no es de utilidad para la vida. Ya no creemos en mitos y por eso nuestra vida es estéril. Creo que ha llegado el momento de que la mente dialéctica caiga en un profundo sueño, que duerma para que las poderosas facultades creativas del hombre puedan despertar de nuevo”*. – *“¿Quiere usted decir, una especie de Edad Media?”* Exclamó Unamuno con los ojos llenos de fuego: *“Yo he dicho lo mismo. Una vez le dije a Valery: La gente no puede digerir los grandes progresos que ha realizado”*.

En esta conversación, Unamuno y Kazantzakis coincidieron en pocas pero fundamentales palabras; en:

1. La crisis de la razón dialéctica.
2. La necesaria valoración del espíritu.
3. El imperativo de despertar las fuerzas creativas al grado más elevado.
4. La religiosidad como fundamento de la existencia, aunque en estas reflexiones, todavía no es posible determinar cabalmente qué entendía cada uno por “religiosidad”; lo manifestarán más adelante. No debemos olvidar que, tanto Unamuno como Kazantzakis, merecieron la censura de sus respectivas iglesias católica y ortodoxa<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Ortega y Gasset, J. “En la muerte de Unamuno”, en *La Nación* de Buenos Aires, 1937, en: *Obras completas*, Espasa Calpe, 1946, p. 161.

<sup>7</sup> Dejemos las cosas en claro: La obra de Kazantzakis nunca fue puesta en el *Index* en su iglesia ortodoxa ni él fue excomulgado. Ciertamente que algunas de sus obras, como la *Última tentación de Cristo* y *Cristo de nuevo crucificado*, fueron llevadas al Santo Sínodo (1953-1954), recibiendo condena; el hecho por cierto, repercutió en el Parlamento de Grecia. Kazantzakis respondió al Sínodo: “Me habéis dado vuestra



5. Las ideas absolutas de Ciencia y Progreso como cárceles del alma.
6. Coinciden, así mismo. en una tonalidad patética, que ponen de manifiesto estos dos textos.

Así se expresa Unamuno:

*“Hay que desasosegar a los prójimos los espíritus, hurgándoselos en el meollo, y cumplir la obra de misericordia de despertar al dormido... hay que inquietar a los espíritus y enfusar en ellos fuertes anhelos, aun a sabiendas que no han de alcanzar nunca lo anhelado... las inquietudes del ángel son mil veces más sabrosas que no el reposo de la bestia”.*<sup>8</sup>

Kazantzakis por su parte: *“Todos mis viajes, fuere cual fuere su causa o su resultado, supusieron en mi mismo algún tipo de crisis interna, en ellos sentí una sensación de agobio, de no poder hallar ninguna salida, excepto la de morir como un héroe en un sitio de Missolonghi*<sup>9</sup>. *Creo que si soy capaz de captar todo esto en palabras podré ayudar a aliviar la agonía de otros espíritus afines que sigan el mismo camino. Deseo que esta confesión sea una buena acción. No pretendo otra cosa. Porque no estoy haciendo arte. Sólo estoy haciendo llorar a mi propio corazón”.*<sup>10</sup>

---

maldición, yo os doy mi bendición; deseo que vuestra conciencia sea tan pura como la mía, que seáis tan morales y religiosos como lo soy yo”. A su muerte, no recibió honras fúnebres en la catedral de Atenas, sin embargo, fue acompañado por un sacerdote para ser sepultado en tierra sagrada en Heraklion, donde reposan sus restos. G. Anemogiannis recogió en un libro esta y otra documentación fotográfica con el título *Nikos Kazantzakis. Viaje hacia la inmortalidad*; decimos nosotros, no es lo mismo que “hacia la eternidad”. La iglesia católica sí lo puso en el *Index*, lo que motivó la petición de Kazantzakis, usando esta vez la frase de Tertuliano: “*Ad tuum Domine tribunal apello*”. En el caso de Unamuno, algunas de sus obras *La agonía del cristianismo* y *Del sentimiento trágico de la vida* pasaron al *Index*, –ya desaparecido–, y merecieron aquella acre censura de Mons. Manuel Pildain, Arzobispo de Canarias, en la Carta Pastoral *Miguel de Unamuno hereje y maestro de herejes*. No obstante ello, en la esquela funeraria se lee: “*Recibió los Santos Sacramentos y la bendición apostólica*”, esquela que en una de sus caras lleva estampado el Cristo de Velázquez, en recuerdo del famoso poema que a este Cristo él había dedicado.

<sup>8</sup> Unamuno, *Vida de don Quijote y Sancho*, Espasa Calpe, X Ed., 1956, Madrid, “El sepulcro de don Quijote”, pp. 11-19.

<sup>9</sup> Véase Vacalópulos, Op. cit., p. 165: “La lucha en la Grecia continental. Mesolonghi y la Acrópolis”. Recordemos que en el cementerio de Mesolonghi se encuentran los restos de Lord Byron, quien contribuyó a la liberación de Grecia, donde le encontró la muerte. Recomendamos el cuento griego de Karkavitsas *La Patria*, situado en Mesolonghi, en: *El cuento griego moderno. Antología*. Ed. del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile, 1989, Santiago de Chile.

<sup>10</sup> Kazantzakis, N. Op. cit. Prólogo, pp. 7-8.

## 2. LA FIDELIDAD A LA SANGRE: LOS PADRES, LA PATRIA, LA FE

Nuestros dos escritores, acusan tres huellas comunes de infancia: Los padres, la guerra y la fe. Tres experiencias que, a cualquiera que las haya vivido, no podrán dejarlo indiferente. Digamos algo de cada una de ellas.

### 2.1 LOS PADRES

En primer lugar la imagen de la madre. En la obra del autor griego *Carta al Greco*, existe un capítulo cuyo título es **Mi madre** empieza de este modo:

*“Mi madre era una santa mujer (...). Poseía mi madre la resistencia, la paciencia, la dulzura de la tierra. Todos mis antepasados por parte de mi madre, eran campesinos. Inclínadas sobre la tierra adheridos a la tierra; sus pies, sus manos, sus espíritus estaban llenos de tierra. La amaban y ponían en ella todas sus esperanzas. Habían llegado, de generación en generación, a ser con ella una sola cosa. En tiempo de sequía gemían de sed con ella como los cuervos; y cuando las lluvias caían sobre la tierra sus huesos crujían y se hinchaban como cañas.”*<sup>11</sup>

Y sigue recordando a su madre en la quietud, en la serenidad, en el misterio:

*“Las horas pasadas con mi madre estaban llenas de misterio. Permanecíamos sentados uno frente a otro, ella en la silla junto a la ventana yo en mi banquito, y sentía en medio del silencio que mi pecho se henchía y saciaba, como si el aire que se interponía entre nosotros fuese la leche que yo mamaba.”*<sup>12</sup>

Recuerda, finalmente, dos grandes símbolos que su madre dejó grabados en su corazón: La mimosa del patio que con el perfume llenaba también ella los arcones; y el canario que, al hablar con ella de los parientes muertos, *“hinchaba la garganta y cantaba con embriaguez”*. Después en la historia adulta del escritor, estos recuerdos de la madre operarán desde el silencio del inconsciente, mientras el padre –inquieto, fogoso, indómito, severo– será quien llene la vida consciente.

En la obra de Unamuno aparecen ciertamente muchas madres E<sup>13</sup>. Las más amadas por él son las del reposo y silencio kazantzakiano; en *Paz en la guerra*, Ignacio, soldado en

<sup>11</sup> Kazantzakis. N., *Carta al Greco*. Carlos Lohlé, 1963, Buenos Aires, “Mi madre”, p. 30.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>13</sup> En la obra de Unamuno aparecen muchas madres, símbolo de ansia de perduración, de inmortalidad, tema tan propio de Unamuno, así Raquel en *Dos madres*, la mayorazga de Lumbría en *El Marqués de Lumbría*, o Tula en *La tía Tula*. Pero son las madres mejor trazadas aquellas que, como en el escritor griego, son madres “del reposo y del silencio”, así Angela en *San Manuel Bueno Mártir*, o la madre de Augusto en *Niebla*. Carlos Blanco Aguinaga ha estudiado estas madres en su obra *El Unamuno contemplativo*. Ed. El Colegio de México, 1959, en el capítulo que titula: “La madre: Su imagen en la memoria subconsciente del hombre-hijo. La entrega al sueño de dormir y las canciones de cuna”, p. 123 y s.

la guerra carlista, cae enfermo y ha de ir a recuperarse a la casa de sus padres, precisamente en el campo; y ahí está, como en el autor griego, la tierra agrícola, la madre y el hijo, también la comunicación silenciosa entre ambos:

*“Guardó cama, cayendo en una especie de marasmo dulcísimo en que se sentía regenerarse como fermentando en el fermento de la lluvia lenta y tenaz que le había calado. Parecíale la guerra un cuento, y el mundo un sueño; su madre que lo velaba y cuidaba, aparecíase en sueños...”*<sup>14</sup>

Las novelas *Amor y pedagogía* (1902), *Niebla* (1912), y *San Manuel Bueno, Mártir* (1931), están saturadas de madres silentes que operan desde el inconsciente extrayendo fuerzas regeneradoras para la adultez; así, Marina, o Ángela. Son las madres que operan, como dice el propio Unamuno, como melodía, no como letra, como tradición eterna, como intrahistoria; son madres que acogen y sostienen, como María en la cruz, al hombre agónico que somos todos nosotros; madres que en el cansancio de la vida, se presentan como “regazo” “claustro materno” “sueño de dormir”.

*briznará aquel día  
mi agonía  
de tu mirada al cantar,  
llevándome silencioso  
al reposo  
del sueño sin despertar*  
(A sus ojos)

En ambos autores, la imagen de la madre se recoge e inclina sobre la niñez de donde va a brotar regeneradora en los mejores momentos de la vida adulta. Se trata de una acción pedagógica –la madre, la familia es la primera educadora del hombre– y todos sabemos que la acción de la enseñanza da sus frutos más granados tras un largo recorrer por la vida. Tanto Unamuno como Kazantzakis tuvieron conciencia de esta fuente manadora de la infancia. Decía Unamuno:

*“Las ideas que en cierto modo, traíamos virtualmente al nacer, las que encarnaron como vaga nebulosa en nuestra primera visión, las que fueron viviendo en nuestra vida y de nuestra vida hasta endurecer sus huesos y su conciencia con los nuestros, son las ideas madres, las únicas vivas, son el tema de la melodía continua que se va desarrollando en la armoniosa sinfonía de nuestra conciencia. Vuelvo a ti, niñez, como volvía a la tierra a recobrar fuerzas Anteo.”*<sup>15</sup>

Kazantzakis se expresa así: *“Doy gracias a Dios de que esta visión infantil, fresca, plena de colores y sonidos, viva aun en mí. Esto es lo que evita en mí el desgaste, lo que no lo deja marchitarse o secarse. Es la santa gota de agua de Juvencia que no me deja morir. Cuando al escribir quiero hablar del mar, de la mujer, de Dios, me inclino sobre mí mismo*

<sup>14</sup> Unamuno, *Paz en la guerra*, en *Obras Completas*, ed. Afrodísio Aguado, 1950, Madrid, vol. II, p.158.

<sup>15</sup> Unamuno, *Recuerdos de niñez y mocedad*, en *Obras Completas*, ed. cit., vol. I, p. 99.

*y escucho lo que me dice en mí el niño, él es el que dicta en mí mis palabras, y si logro llegar con las palabras a pintar esas grandes fuerzas –el mar, la mujer, Dios– lo debo al niño que todavía vive en mí. Vuelvo así a ser niño para poder contemplar el mundo con la mirada virgen y verlo siempre por primera vez.”*<sup>16</sup>

## 2.2 LA GUERRA

Unamuno y Kazantzakis, ya en la infancia, sufren e interiorizan la experiencia traumática de las dos guerras de sus respectivos países. Asiste Unamuno –tenía apenas seis años– al bombardeo carlista de Bilbao (1870). Hay historiadores que hacen arrancar de este hecho la llamada agonía patriótica de Unamuno; aunque no está de acuerdo con ello Carlos Blanco Aguinaga,<sup>17</sup> quien en esa fecha ve a un Unamuno niño pasivo y apocado, tímido y casi siempre en actitud contemplativa, con una imaginación llena de ensueños y hasta con una salud muy débil. Si un día con otros niños arrojó un gato por la chimenea de un negocio para que cayese en las ollas, –nunca, afirma este destacado crítico de Unamuno–, fue él el protagonista de estas historias. Blanco Aguinaga olvida, sin embargo, aquello que el mismo Unamuno dirá del sitio de Bilbao:

*“El bombardeo de la villa por los carlistas marca el fin de mi edad antigua y el principio de mi edad media. De antes apenas conservo sino reminiscencias fragmentarias; después de él viene el hilo de mi historia. La guerra había sacudido el espíritu de la chiquillería toda, chicos y chicas; el sople bélico animaba a los mocuelos; las pedradas eran frecuentes; las armas, piedras o balas de metralla envueltas en cuero, como las pelotas, y sujetas a una cuerda con las que se las hacía voltear, y hasta hubo pedrea en que golpeando con una piedra el pistón de un cartucho se le disparaba en el suelo.”*<sup>18</sup>

Sobre esta experiencia hecha novela, escribe Unamuno, *Paz en la guerra*, una obra en la que el personaje Pachico Zabalbide, es el propio Miguel de Unamuno.

Kazantzakis nace y crece en un país en pie de guerra: *“Megalo Castro tenía cuatro puertas fortificadas –nos dice él–; al atardecer los turcos las cerraban y nadie podía entrar ni salir en toda la noche; los cristianos que estaban dentro caían así en una ratonera. En la noche, mientras las puertas estaban obstruidas, los turcos podían hacer una masacre”*.<sup>19</sup> Kazantzakis pasa de inmediato a contarnos su existencia traumática: cómo los turcos rondaban la casa en la noche; se escuchaba cómo rompían las puertas; los ladridos de los perros; los gritos de los heridos... mientras su padre, su madre, hermana y él, detrás de la puerta, armados, esperaban llegasen los turcos a violentar la puerta:

<sup>16</sup> Kazantzakis, N., *Carta...K*, op. cit., p. 43.

<sup>17</sup> Blanco Aguinaga, C., op. cit., p. 103.

<sup>18</sup> Serrano Poncela, S., *El pensamiento de Unamuno*, F.C.E., México, p. 8; comenta en particular esta huella de infancia.

<sup>19</sup> Kazantzakis, N., *Carta...*, op. cit., p. 74.

*“Mi padre nos había dicho, si los turcos hunden la puerta, empezaré por degollarlos para que no caigáis en sus manos (...); bruscamente, en el espacio de una hora, sentí que de niño que era, me convertía en hombre.”*<sup>20</sup>

¿No había confesado algo similar Unamuno? Los aficionados a la teoría psicoanalítica de Campbell, encontrarán aquí una etapa muy definida dentro de la ruta de los héroes. Nosotros preferimos quedarnos con el hecho y sus confesiones existenciales, decidoras por sí mismas.

Existe otra experiencia de guerra marcadora del niño Kazantzakis: Unos cristianos penden ahorcados de unos árboles. El padre, el capitán Miguel, hace llegar hasta allá a su hijo. Que los vea. Que los toque. Que se prosterne ante ellos y rece. Todavía más: *“Mi padre se agachó y recogió al pasar una piedra salpicada de sangre. –Guárdala, me dijo. Había empezado a comprender esta conducta feroz de mi padre; él no aplicaba la Nueva Pedagogía, sino la antigua, la implacable, la única que puede salvar a la Raza. Así es como el lobo educa a su amado lobezno su único hijo, y le enseña a cazar, a matar y a huir de las trampas, con astucia o valentía. A esta pedagogía salvaje de mi padre debo la resistencia y la obstinación que siempre me han asistido en momentos difíciles”*.<sup>21</sup>

Íntimamente ligado con el tema de la libertad, se encuentra en ambos autores el de la santidad; llamémosla, por ahora, la religión. *“Mi primera pasión –ha dicho el autor griego– ha sido la libertad; la segunda, de la que aún queda algo en mí, es el de la santidad. Héroe y a la vez santo, he aquí la imagen suprema del hombre; desde mi infancia había fijado esta imagen por encima de mí, en el aire azul”*.<sup>22</sup>

### 2.3 LA RELIGIÓN

La tercera huella de infancia, es la religión. Una anécdota revelará la huella cristiana en el alma de Kazantzakis: se encontraba en Naxos. Asistía a un colegio de padres católicos. Un día llegó por allí un cardenal que lo invita a ir a Roma a estudiar y, quién sabe si algún día, le dice *“te pondrás este sombrero de cardenal que yo llevo –y no olvides que uno de tu isla, llegó a ser Papa, Jefe de la Cristiandad”*. El niño Kazantzakis ilusionado se apresta, entonces, a huir una noche camino de Roma para ser, quién sabe si algún día, Papa; por Cristo, dicen los Evangelios, y así lo pensaba aquel niño, será necesario dejar hasta los mismos padres y hermanos.

Faltaban tres días para la partida, *“mi imaginación había partido ya”*, dice el autor griego. Pero llegó su padre, y alguien le cuchicheó que su hijo quería hacerse sacerdote: *“El cretense salvaje, rugió. Era de noche, él reunió a algunos amigos, barqueros y pescadores, encendieron antorchas y emprendieron el camino que subía al castillo donde estaba el colegio de los curas. Tenían picos y barras de hierro, se pusieron a golpear la puerta de la*

<sup>20</sup> Ibid., p. 75.

<sup>21</sup> Ibid., p. 77.

<sup>22</sup> Ibid., p. 60.

*escuela y a gritar que le iban a prender fuego (...) me hicieron bajar por la ventana y caí en los brazos de mi padre. Me tomó por la nuca y me arrojó tres veces al suelo”.*<sup>23</sup>

Mandó, sin embargo, que lo lavaran y frotaran con aceite de la lámpara de la Virgen. Termina diciendo Kazantzakis en una nueva confesión esencial para su vida: “Desde mis años de infancia, el rostro de Cristo ha ejercido sobre mi un encanto irresistible”.<sup>24</sup> Las obras *Canto a Cristo* (1937), *Cristo de nuevo crucificado* (escrita en 1948, publicada en 1954), *La última tentación de Cristo* (1956), *Rapsodia a Cristo* (Canto XX de la *Odisea*), la obra teatral, “drama bizantino”, *Cristo* (escrita en 1915 a 1921 y publicada en 1928) dan cuenta de esta confesión religiosa kazantzakiana.

¿Y en el caso de Unamuno? También una anécdota, también una crisis vocacional hacia el sacerdocio, también la huella imborrable de Cristo traducida en numerosas obras cristológicas. Examinemos su itinerario espiritual:

Existe una carta de Unamuno, con fecha 25 de mayo de 1898, y dirigida a su amigo y confidente Jiménez Ilundáin; en ella leemos: “Hace muchos años ya, siendo yo casi un niño, en la época en que más imbuido estaba de espíritu religioso, se me ocurrió un día, al volver de comulgar, abrir al azar el Evangelio y poner el dedo sobre algún pasaje. Y me salió éste: *Id y predicad el Evangelio por todas las naciones. Me produjo una impresión muy honda; lo interpreté como un mandato que me hiciese sacerdote. Mas como yo entonces a mis quince años o dieciséis estaba en relaciones con la que hoy es mi mujer, decidí tratar de nuevo y pedir aclaración. Cuando comulgué de nuevo fui a casa, abrí otra vez y me salió el versículo del capítulo IX de San Juan: ‘Respondiéndoles: Ya os lo he dicho y no lo habéis entendido ¿por qué lo queréis oír otra vez?’ No puedo explicarle la impresión que me produjo. Hoy todavía, después de dieciséis o dieciocho años, recuerdo aquella mañana, solo en mi gabinete. En mucho tiempo repercutió la sentencia en mi interior y el recuerdo de aquellas palabras me ha guiado siempre*”<sup>25</sup>. Como en el caso del escritor griego, la crisis vocacional se tradujo en varios escritos sobre Jesús: *El Cristo de Cabrera* (...meditó sobre este Cristo en 1899 aunque el poema aparecerá en 1907, en su obra *Poesías*), *El Cristo de la Colegiata* (publicado al final de su obra *Andanzas y visiones españolas*), *El Cristo yacente de Santa Clara* (1913), *El Cristo de Velázquez* (empezó a redactarse en 1913 y fue publicado en 1920), la novela *San Manuel Bueno, Mártir* (1930), *Vida de don Quijote y Sancho* (un Quijote-Cristo), *El Cristo español*, ensayo; *El Cristo de la laguna* (1928), *La agonía del cristianismo* (1930).<sup>26</sup>

Extrañas coincidencias entre Unamuno y Kazantzakis, más extrañas aún, si observamos que el escritor griego apela también al azar de un libro para resolver decisiones religiosas. Se encontraba en Atenas con un amigo, Angelos Sikelianos, y ésta es la conver-

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>25</sup> Unamuno, “Carta a L. Jiménez Ilundáin, 28, III, 1896”, publicada en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, N° 7, 1948.

<sup>26</sup> Marrero, V., *El Cristo de Unamuno*, Rialp, 1960, Madrid. Uno de los mejores estudios actuales de Cristo en Unamuno.

sación y azar que los conducirá al Monte Athos a resolver su problema religioso existencial. La conversación discurre de este modo:

*“Golpearemos, golpearemos nuestras cabezas contra los barrotes, muchas veces quedarán reducidas a polvo, pero un día los barrotes se romperán.*

*–Yo quisiera que fuese mi cabeza la que se rompa– dijo y arrojó un guijarro al mar con un gesto de desprecio –Yo, yo– gritó –y nadie más.*

*Sonreí: “¡yo, yo!”, ésta era la prisión terrible, sin puertas, sin ventanas, donde mi amigo estaba encerrado.*

*–¿Cuál es la cima más alta que puede encontrar el hombre?– le dije, procurando consolarlo. Es vencer el yo. Cuando lleguemos a esa cumbre, Angelos, sólo entonces, seremos liberados.*

*–No respondió, pero golpeaba el agua con su talón, furioso.*

*El aire entre nosotros se había puesto pesado*

*–Entremos– dijo –estoy cansado.*

*No estaba cansado, estaba colérico.*

*Cuando llegamos a casa, para conjurar la desgracia, tendí la mano hacia la rica biblioteca de mi amigo.*

*–Mira– le dije –voy a elegir un libro con los ojos cerrados, él decidirá.*

*–Qué decidirá– dijo mi amigo, nervioso.*

*–Lo que haremos mañana.*

*Cerré los ojos, a tientas saqué un libro; mi amigo me lo arrancó de las manos, lo abrió; era un gran álbum de fotografías: monasterios, monjes, cipreses, campanarios... celdas al borde del abismo, con el mar agitado abajo...*

*–¡El Monte Athos!, grité.*

*El rostro de mi amigo empezó a refulgir. –¡Lo que yo quería hace años y años. ¡Vamos!*

*Abrió los brazos y me apretó contra sí...”<sup>27</sup>*

<sup>27</sup> Kazantzakis, N., *Carta...*, op. cit., p. 162.

### 3. EL ITINERARIO FILOSÓFICO: METAS Y ETAPAS

Los grandes hombres no han sido precisamente los que concibieron de una vez para siempre su sistema de pensamiento; por el contrario, han sido buscadores incansables de una verdad que no siempre se les ha revelado en forma instantánea y unitaria, sino por parcialidades. A estas etapas del itinerario espiritual, han llamado algunos “conversiones”, como en San Pablo o en San Agustín; o “crisis” como quiere Unamuno; “*instantes de iluminación*”, decía Rilke; y Kazantzakis, “*etapas de ascensión a la Mónada movediza*”. Dibujemos el itinerario del pensamiento de nuestros dos autores en cotejo.

Las etapas y el sentido del itinerario ideológico-espiritual de Kazantzakis se encuentra diseñado en el prólogo de su autobiografía novelada *Carta al Greco*, dice así:

*“Encontrarás, pues, lector, en estas páginas la línea roja, hecha con gotas de mi sangre que jalona mi camino entre los hombres, las pasiones y las ideas. Todo hombre digno de ser llamado hijo del hombre carga su cruz sobre sus hombros y sube al Gólgota. Muchos los más numerosos, alcanzan el primero, el segundo, el tercer grado, jadean se desploman en medio de su marcha y no llegan a la cumbre del Gólgota –quiero decir a la cima de su deber: ser crucificado, resucitar, salvar sus almas. Desfallecen, la cruz les infunde miedo, no saben que la crucifixión es el único camino para la resurrección, que no hay otro. Ha habido cuatro grados decisivos en mi ascensión, y cada uno de ellos lleva un nombre sagrado: Cristo, Buda, Lenin, Ulises. Esta marcha sangrienta, de una de estas grandes almas a la otra, ahora que ya se pone el sol, trato de trazarla en este cuaderno de viajes; cómo un hombre asciende, extenuado, la montaña abrupta de su destino. Mi alma entera es un grito y mi obra entera es la interpretación de ese grito. Siempre durante toda mi vida, una palabra no ha dejado de tirarme y de azotarme: la palabra Subida.”*<sup>28</sup>

Es conocido el motivo literario del viaje y su carácter existencial. Dibuja, como sabemos, la línea gruesa de grandes obras de la historia universal: La *Biblia* es un caminar, lo es el famoso poema babilónico *Gilgamesh*, la *Odisea*, la *Eneida*, los grandes poemas épicos cristianos *Poema de Mío Cid*, *Canción de Roland* y *La Araucana*, la *Divina Comedia* de Dante; y cuando llegue la degradación novelesca del *Quijote* o la picaresca, que históricamente coinciden con las más subidas ascensiones místicas de san Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús, el motivo literario del camino tomará otras marcas, pero nunca desaparecerá, pues de la esencia antropológica del hombre es ser, en frase de Gabriel Marcel “*homo viator*”; los títulos de las obras de aquellos místicos son decidoras de por sí *Llama de amor viva*, *Subida al Monte Carmelo*, *Escala espiritual*.

Nos interesa aquí la marca y sesgo que a este motivo tan universal dieron Unamuno y Kazantzakis. A la definición propuesta por el autor griego, Unamuno responde desde

<sup>28</sup> Ibid., p. 11.



España: “Soy un mito que me voy haciendo día a día, según voy llevado al mañana, al abismo, de espaldas al porvenir. Y mi obra es hacer mi mito, es hacerme a mí mismo como mito. Que es el fin de la vida hacerse un alma, como dije al fin de uno de mis sonetos:

*Alma, ¿por qué te quedas  
a ver ponerse el sol? Sigue tu marcha,  
mañana será igual, las mismas olas,  
y entre ellas tú, ola también, caminarás a solas  
rodando sobre el lodo.  
Y luego, nada, nada,  
es decir... todo”.*<sup>29</sup>

La meta en ambos escritores filósofos es la universal indeterminación; ¿sumersión en el infinito, en el todo, en lo óntico, en el absoluto, en Dios? ¿o sumersión en ese algo que necesariamente ha de dar cumplimiento a ese jugársela en la acción de la vida? ¿En el principio era el Logos o la Acción, como quiere el Fausto? Dejemos por ahora la solución a esta interrogante y admitamos lo que, como complemento al poema de Unamuno, señala Kazantzakis: “Si subíamos, no era porque teníamos la presunción ni la ingenuidad de creer que un día la cumbre se detendrá y la alcanzaremos; ni tampoco porque, si la alcanzábamos, encontraríamos allá arriba la felicidad, la salvación, el Paraíso. Subíamos porque la propia subida era para nosotros la felicidad, la salvación, el Paraíso”.<sup>30</sup>

Subida quijotesca –don Quijote fue un personaje particularmente amado por los dos escritores–<sup>31</sup> subida de tonos desgarradores e insobornables, según la confesión unamuniana: “Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que nunca he de encontrarlas mientras viva”.<sup>32</sup>

<sup>29</sup> Unamuno, *Sonetos Líricos*, Madrid, 1911.

<sup>30</sup> Kazantzakis, N., *Carta...*, op. cit., p. 415. A estas alturas del pensamiento de Kazantzakis ya nos habremos dado cuenta que hay en su obra tanto de afirmación de Dios como de afirmación y creencia en el hombre; poco a poco la religión se irá desperfilando, mientras el yo humano –Kazantzakis– se tornará más firme, seguro, combatiente y orgulloso; y Dios se desplazará al interior del hombre como un componente humano más que le dará fuerza para llegar a ser Superhombre. Kazantzakis, así pues, va a creer más en la catedral gótica que desafía a Dios con sus altas y afiladas torres, que en la iglesia bizantina con cuya cúpula Dios se manifiesta y recoge al hombre con una gran serenidad (véase *Carta al Greco*, p. 273). En otros casos, Cristo “lleno de dolor y resurrección, es Grecia” (*Homo Hellenicus*, último escrito de Kazantzakis, no publicado en un Álbum sobre Grecia (Berlín) a instancias del Canciller Adenauer, por haber sido prohibidas las obras del autor griego por el Vaticano). El Archimandrita Constantinos Papadakis prefiere, para entender a este polémico Kazantzakis, distinguir entre “religiosidad” y “religión”; la religiosidad es antropológica y Kazantzakis la sintió en forma angustiosa; la religiosidad puede ser sincretista y unir a Cristo y a Buda, como lo hace el autor griego. La religión y la religión cristiana es **definida**, pues Jesús dijo “yo soy el camino, la verdad y la vida”.

<sup>31</sup> Kazantzakis dedica una de las más emocionadas Rapsodias de su *Odisea*, al Quijote y es tema preferencial en obras como *España, dos rostros* y *Carta al Greco*. En el caso de Unamuno bastará citar su *Vida de don Quijote y Sancho*, en la que llega a decir en las últimas líneas “y yo digo que para que Cervantes contara su vida y yo la explicara y comentara nacieron Don Quijote y Sancho”.

<sup>32</sup> Unamuno, *Ensayos*, “Mi religión”, Aguilar, 1945, Madrid, p. 637.

*Sujetemos en verdades del espíritu  
las entrañas de las formas pasajeras,  
que la idea reine en todo soberana  
esculpamos pues la niebla.*

Hay algo aquí del voluntarismo barroco, del Quijote –como quedó dicho– o de Segismundo cuyo pensamiento no se cifraba tanto en saber si la vida es “una ilusión o un frenesí”, cuanto en el cómo estamos ante la vida, “obrar bien, aunque sea en sueños”. Las cercanías ideológicas entre el siglo XVII y el siglo XX, han sido estudiadas con detenimiento por Guillermo Díaz Plaja, Eugenio D’Ors y R. Hocke,<sup>33</sup> por lo que no vamos a detenernos ahora en ello.

El ascenso a la cumbre no se hace sin el alimento del dolor, el temor y la duda. Las tres provisiones que también alimentan la persecución de la meta. “Trato en este cuaderno de viaje –expresa Kazantzakis– cómo un hombre asciende, extenuado, la montaña abrupta de su destino. Mi alma entera es un grito y mi obra entera es la interpretación de ese grito”, que el filósofo español glosa en este otro poema:

*¡Oh! qué hermoso cielo veo en el abismo;  
¿si será aquel cielo? ¿si será este el mismo?  
¿si será ilusión?  
Va el cielo a tragarme; ¿es que subo o caigo?  
¿es que me desprendo o es que prendo, arraigo?  
¡Dónde está el abajo? ¿dónde está el arriba?  
¿es que estoy ya muerto? ¿es que estoy aún vivo  
¿es esto vivir?*

### 3.1 LA PRIMERA ETAPA

El reposo en un convento, el Monte Athos (Kazantzakis),  
y Convento de San Esteban de Salamanca (Unamuno)

Habíamos dejado a Kazantzakis con su amigo Angelos camino del Monte Athos. Allí, en una cabaña, vive con un pastor y lee a Homero que le dice: “*Sé griego, mata, haz la guerra, ama la vida*” y también los *Evangelios* donde encuentra aquello que tanto conmovió a San Ignacio de Loyola “*de qué vale al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma*”; en medio de esta pugna, que perturba torturante sus días, hay un momento en que se le sueltan las lágrimas: “*sentía que era Cristo en mi interior que trataba de resucitar y pedía ayuda; sentí que el yacía muerto en mis entrañas; es El quien llora; trata de resucitar;*

<sup>33</sup> Hocke, R., *El manierismo en el arte*, Guadarrama, 1961, Madrid. Esta referencia kazantzakiana con Calderón, no debe tomarse en forma apresurada, pues la obra dramática de Kazantzakis está llena de símbolos como la de Calderón, y deberá tenerse en cuenta a la hora de la puesta en escena. Dígase lo mismo del mundo de los colores, con predominio del blanco de las casas y el negro de las vestiduras de las mujeres, antítesis barrocas, claroscuro, tan de acuerdo con las antítesis ideológicas de Kazantzakis.

*pero no lo logra sin la ayuda del hombre y se queja a mi amargamente. ¿Cómo salvarlo, para ser yo salvado?”*<sup>34</sup>

Kazantzakis quiere creer. Visita entonces a los monjes solitarios, a los más perfectos. Encuentra al P. Makarios y le confiesa: “...soy un joven que quiere creer ingenuamente, sin formular preguntas, como creía mi abuelo el campesino; quiero, pero no puedo”. El Monte Athos, como después el Sinaí en Jerusalén, son para Kazantzakis una historia y una confesión inconsciente: Busca en los lugares más altos la perfección –y perfección significa, lo totalmente acabado– el descanso a su yo, enfermo de subidas, el Paraíso, y en la tierra... ¡no hay Paraíso!, por lo que siempre existirá en el autor griego la apatencia de un más allá inacabable.

Se dirige ahora a Palestina; no quiere a los seguidores de Cristo –los monjes– sino a Cristo mismo, dice: “Partir. Tal vez allí encontraré lo que he buscado vanamente en el Monte Athos”.<sup>35</sup>

Y vive allí los días de la Pasión de Cristo: “No era Cristo, era el hombre, cada hombre justo, cada hombre puro el que estoy traicionando, flagelando, crucificando, sin que Dios extendiera su mano para prestarle ayuda”. Se encaminó entonces al desierto, a desnudar su alma con Cristo, para que le hablara cara a cara: “Señor, le confesaba yo en voz baja, en el aire abrasador, Señor atravieso un momento difícil; ¿qué hacer? Pon en mis labios un carbón encendido, una palabra, una palabra que traiga la liberación. Por eso he descendido a esta fosa ennegecedora por el resplandor, para encontrarte, aparece. Esperé, esperé, nadie respondió”. Y medita así en el desierto, ante Sodoma y Gomorra, sepultadas en el Mar Muerto. “Así, cada tanto, el pie de Dios pasa y aplasta las ciudades demasiados satisfechas, demasiado inteligentes”. Emprende, entonces ‘¿purificado? –la subida al Monte Sinaí y ya arriba: “Aquí, pensaba con orgullo, vive una conciencia humana superior, aquí la virtud del hombre triunfa del desierto”. Y en el convento escucha la lectura de la parábola del Hijo Pródigo; Kazantzakis recuerda entonces la “addenda”, que otro inquieto contemporáneo añadió a esta parábola: El hijo que quedó en casa, al ver llegar a su hermano derrotado, decide salir él mismo a la lucha. El Hijo Pródigo lo acompaña hasta la puerta y le estrecha la mano: “Tal vez este sea más fuerte que yo y no regrese”.

En este proceso espiritual, Kazantzakis va sintiendo cada vez más la omnipotencia del hombre y su sed de ascenso y camino, aunque siempre vuelva a confesar la idea de aquellos versos de Machado: “No hay camino, se hace camino al andar”; idea y palabras con que Unamuno señalaría el “abismo” como peligro o meta: “He llegado hasta el final; y al final de cada camino he encontrado el abismo”. Kazantzakis alaba por ello a Cristo, Buda y Moisés, que caminaron y supieron tender puentes sobre el abismo hacia el más allá; alaba estos puentes, pero los desecha: “Una cosa es ser héroe por un don de Dios, y otro serlo por su propio combate. Yo lucho”.

<sup>34</sup> Kazantzakis, N., *Carta...*, op. cit., p. 196.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 193-256, “Jerusalén”.

Kazantzakis llama “*mi compañera Tigresa*”<sup>36</sup> a esta voz interior que lo impele a emprender el camino de la emulación de Cristo o del Superhombre, sostiene este dramático diálogo con ella:

*“Ya te he oído voz implacable, en cada encrucijada donde me detenía para elegir mi camino”.*

*–Me oirás siempre, en cada una de tus fugas.*

*–Nunca te he huido; en todas partes avanzo haciendo abandono de todo lo que he amado, y esto desgarró mi corazón.*

*–¿Hasta cuándo?*

*–Hasta que alcance mi cumbre, allí descansaré.*

*–No hay cumbres, sólo alturas. No hay reposo, sólo hay combate (...) ¿Crees que soy la voz de Dios? No, soy tu propia voz. Viajo siempre contigo, no te abandono.”*<sup>37</sup>

Kazantzakis alaba a Cristo porque fue un hombre que logró alcanzar la cumbre armónica con Dios, fue Dios y Hombre a la vez:

*“Esta doble sustancia de Cristo ha sido siempre para mí un misterio profundo e impenetrable, el deseo apasionado de los hombres, tan humano o, tan sobrehumano, de llegar hasta Dios (...) Esta nostalgia tan misteriosa y a la vez tan real, abría en mí grandes heridas y grandes fuentes. Desde mi juventud, mi primera angustia, el origen de todas mis alegrías y todas mis amarguras, ha sido éste: la lucha incesante e implacable entre la carne y el espíritu.”*

Kazantzakis vuelve a casa después de esta peregrinación espiritual. Su padre le pregunta de dónde viene. Sólo respondió “de muy lejos”. Y sintió al pisar de nuevo Creta, estar en una nación activa, opuesta a todo monacato pasivo, ¡y él quería traicionarla...! Pero a la larga Creta tampoco le saciaba: “*En mi actuaban y quizás aún actúan, los ascetas de la Tebaida con su sed de abandono absoluto y los grandes viajeros, que a fuerza de recorrerla, habían agrandado la tierra*”.

<sup>36</sup> Ibid., p. 224.

<sup>37</sup> Ibid., p. 235. Para Philibert Secretan estas dos palabras nos introducen en el centro del pensamiento de Kazantzakis, que es de un dualismo platónico. Kazantzakis, según el profesor de Friburgo, casi todo Kazantzakis, se encuentra dualizado: Creta-Turcos; Rusia-Zares; individuo-instituciones; el cristiano- la iglesia; lengua popular-lengua arcaica; soledad de sus héroes-sociedad bulliciosa; siendo el primer término el positivo. El encanto que a Kazantzakis le producía España, estaba sustentado en su misticismo que afirma “todo o nada”; así mismo, la figura de Unamuno representaba para él la gran figura espiritual de una España decadente en un mundo decaído. Por cierto que este dualismo platónico griego, fue alimentado en las clases de Bergson en París (distingue “cuerpo” de la “fuerza del espíritu”) y más tarde en su encuentro con la filosofía de Nietzsche que enfrenta a Dionisios con Apolo y al Anticristo con la iglesia; Buda y Zorbas serán otro par, que solo resolverá Cristo, superación de toda dualidad.

Parte entonces a París, a conocer a Nietzsche. Pero pongamos aquí punto y aparte para recoger el hilo dejado atrás de la vida de Unamuno con una peripecia espiritual no menos angustiosa.

La primera etapa del itinerario espiritual de Unamuno, se llama igualmente las “*búsquedas de Cristo*”. La curva de ascensión se expresó en ambos escritores en la imagen de Cristo crucificado en el Gólgota y resucitado; Cristo imagen del ascenso doloroso del hombre hacia su plenitud.

Unamuno abandonó la fe ingenua de la primera infancia y adolescencia; y ya de treinta y tres años, la edad de Cristo, sufrió la llamada crisis de 1897. Fue confidenciada a sus amigos Pedro Ilundain y Pedro Corominas, y recogida por él en su *Diario*. Dice Corominas: “*En una carta me explicó la crisis como una carga fulminante que le hirió en medio de la noche. Ya hacía horas que no podía dormir y se daba vueltas desasosegadamente en su lecho matrimonial, donde su esposa le oía... De súbito le sobrevino un llanto inconsolable*”. Al día siguiente se interna en el Convento de dominicos de Salamanca, donde pasó las primeras horas rezando contra la pared. Se acogió a las prácticas religiosas de su infancia, porque deseaba también creer con la fe ingenua del niño.

Extraña coincidencia entre Unamuno y Kazantzakis: En los dos la crisis desemboca en llanto, ambos desean creer ingenuamente, y uno y otro se acogen a sendos monasterios. La crisis del cuerpo no tardó en hacerse sentir; el escritor griego sufrió una perturbación mental en Viena, que le obligó a una penosa hospitalización, donde el delirio metafísico, alentado por la fiebre, le tiene al borde de la muerte. En el caso del escritor español, se tradujo en intentos de suicidio que impidieron sus parientes y cuya cura se operó mediante la catarsis de escribir; una grafoterapia o logoterapia, si se prefiere el término. Añade Corominas: “*La vida de Unamuno en adelante fue una remembranza de aquella lucha*”.

Después vendrá la lucha agónica, con distintos matices para ambos escritores, dualidad religiosa irreductible y que, no obstante, tenderá imperiosamente a la imposible fusión. La escisión psicológica es una marca particular del autor griego y el español, que es Unamuno. En este filósofo la contradicción está en la contextura misma de su existir; es el corazón frente a la cabeza, la ciencia frente a la fe, el sentimiento frente a la razón, la teología frente a Cristo, el instinto frente a la civilización, la vida frente al sistema, los siete pecados capitales frente a las siete virtudes opuestas: “*Todo hombre lleva dentro de sí las siete virtudes y los siete opuestos vicios capitales, es orgulloso y humilde, glotón y sobrio, ríjoso y casto, envidioso y caritativo, avaro y liberal, perezoso y diligente, iracundo y sufrido. Y saca de sí mismo al tirano como al esclavo, al criminal como al santo, a Caín y a Abel*”.

La contradicción existencial para Kazantzakis se confronta no moralmente, como en Unamuno, sino cristológicamente. Cristo es la gran contradicción –hombre y a la vez Dios–, “*he aquí porque el misterio de Cristo no es solamente el misterio de un cuento particular, sino que alcanza a todos los hombres. En cada hombre estalla la lucha de Dios y el hombre, inseparable de un deseo ansioso de reconciliación... Lucha entre la carne y el espíritu, rebelión y resistencia, reconciliación y sumisión y, por último, lo que es la suprema finalidad*”.

*de la lucha, la unión con Dios. He aquí el camino ascendente que ha tomado Cristo, y que nos invita a tomar a nuestra vez, siguiendo la huella ensangrentada de sus pasos”.*

Existen, no obstante, opuestos matices que convendría señalar: en Kazantzakis la agonía, la dualidad trágica, es existencial y, por tanto, supuestamente resoluble; en Unamuno es ontológica y, en consecuencia, niega a Dios como término de solución. Unamuno es esencialmente un voluntarista y la voluntad es por esencia expansiva, aspira a ser todo y todas las cosas, ser incluso Dios, y, alcanzado, seguir siendo más que Dios; el irracionalismo de Unamuno está a la vista. En el autor griego la razón es más firme, no se destruye en la potenciación de la voluntad. De aquí se deducen ya dos conclusiones en el cotejo de ambos autores: El problema último en el pensamiento de Unamuno es la inmortalidad, en Kazantzakis la perfección.<sup>38</sup> Los dos aspiran a la cumbre de un hombre más allá del hombre; pero, mientras Kazantzakis cierra el límite de las aspiraciones, pues *“la subida era para nosotros la felicidad, la salvación, el paraíso”*, en Unamuno el sentimiento agónico niega toda felicidad, salvación y Paraíso en los medios y en el fin. Unamuno es más escatológico que histórico.<sup>39</sup> Kazantzakis es más histórico que escatológico. Kazantzakis es doliente, Unamuno trágico, no olvidemos el título de una obra suya *Del sentimiento trágico de la vida*. Los dos, no obstante, llaman al hombre a un más allá de ellos mismos.

La imagen de Cristo, en este sentido, aún cuando con grandes aproximaciones en los dos, acusa también matices que son propios de cada uno. Para Kazantzakis Cristo es el modelo, el ejemplo, el ideal del hombre que llega a ser Dios, Dios y hombre. Cristo logró elevar al hombre tras sus pies ensangrentados, a la dignidad más alta, la anulación de las contradicciones: la materia y el espíritu se reconciliaron en él, lo humano con lo divino; las dos sustancias, que en nosotros se hacen de difícil solución, en Cristo lograron resolverse unitariamente en su persona. Por esto, la suprema pedagogía humana es Cristo, Cristo –como decía San Pablo– es nuestro pedagogo. Cristo logró resolver, reconciliar, sublimar las dos fuerzas agónicas que pugnan en nosotros los hombres. Cristo es el modelo de cómo los cristianos debemos vivir nuestra agonía; el en el último trance de la cruz gritó su última duda: *“Padre, ¿por qué me has desamparado?”*, y a la vez supo constituirse como un ejemplo de fe en el Padre y en la eternidad. *El Cristo de Velázquez*, poema de Unamuno es una letanía, una salmodia a ese Cristo *“que está siempre muriéndose, sin acabar de morirse, para darnos vida”*, comenta Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*. Dos Cristos, el de Unamuno y el de Kazantzakis, que realzan para nosotros la apocatástasis de las dos sustancias, de las dos fuerzas que amenazan al hombre hacia la desesperación.

### 3.2 LA SEGUNDA ETAPA ESPIRITUAL: Nietzsche

Kazantzakis llega a París. En la Biblioteca de Santa Genoveva una joven le habla de Nietzsche, *“este fue un instante decisivo de mi vida”* registra el autor griego en su *Carta al Greco*. El capítulo dedicado al filósofo alemán es un recorrido por la vida de Nietzsche hasta que creó el Superhombre; primero la lección de Schopenhauer y la voluntad como

<sup>38</sup> Puede verse todo el capítulo dedicado a Buda en *Carta al Greco*.

<sup>39</sup> Unamuno, *Tres novelas ejemplares*, Prólogo, Espasa Calpe, 1945, Buenos Aires.

fuerza ciega que anima el mundo, después la enseñanza de Grecia, que le descubre los dos principios apolíneo y dionisiaco, principios que Sócrates, racionalista, y después la ciencia, le dio muerte.

Kazantzakis y Unamuno reciben de Nietzsche, junto al poder de la voluntad, una fuerte dosis de irracionalismo. Para ellos la realidad es un continuo flujo, cambio: *“Nuestro intelecto no está hecho para comprender el devenir, aspira a demostrar la rigidez universal”*, dice Nietzsche. La realidad es proteica, se contradice, muere y crea otra nueva. Nada es estable. El “no” y el “sí” son igualmente sagrados; dentro de la vida del espíritu, hay dos fuerzas que luchan por alcanzar también la primacía, no lograrán un estado, pues el espíritu no es una cosa ni un estado, es un proceso, una actividad. Nietzsche, Unamuno y Kazantzakis creen en el ascenso y la voluntad de camino “per se”; así se hace el hombre más allá de él mismo.

Teoría de itinerarios es la filosofía de estos hombres, lo son las figuras que ellos literariamente crearon, y el caminar de sus vidas fue una pasión de descubrimientos, tanto en Nietzsche, Kazantzakis como en Unamuno. Nietzsche fue, como sabemos, el hombre viajero por Génova, Grecia y dentro de su propia Alemania; Kazantzakis estudia en Atenas, escucha las lecciones de Bergson en París, visita Jerusalén, recorre todos los caminos de España, dejando uno de sus más hermosos libros *España, dos rostros*, el caso de Unamuno no es distinto, de vasconia pasa a Madrid, a Salamanca, desterrado en Francia y escribe otro libro de periplos *Andanzas y visiones: “La historia nos tenía captados, nos diéramos cuenta o no. La generación del 98 –a la que pertenece Unamuno– es una generación historicista... hacíamos excursiones en el tiempo y en el espacio; visitábamos las vetustas ciudades castellanas”*, dice Azorín, delicadísimo cronista de la generación de Unamuno.<sup>40</sup>

Por cierto que una postura filosófica así, se ha de enfrentar con el pensamiento tradicional, con Sócrates, con la Ciencia, con el Hedonismo, con la Crítica, con la Escolástica. Nos hallamos ante tres filósofos heterodoxos de la cultura. El siglo XIX devino para ellos en formas culturales momificadas, ya no daban vida. Incluso la idea del hombre, idea helenístico-cristiana había dejado de informar la vida, era necesario instaurar el principio de que *“el hombre es algo que debe ser superado”* (Nietzsche). En este contexto nace la idea del Superhombre de Nietzsche, el Quijote de Unamuno y figuras como el Colón de Kazantzakis. Son encarnaciones de una nueva antropología. Nietzsche creó la ideología, Unamuno y Kazantzakis los nuevos personajes de la nueva historia. Se trata de figuras que siempre están abriendo horizontes porque se alimentan de una filosofía entendida como actividad del pensar mismo, no como un sistema estático concebido de una vez para siempre. ¿Significa esto un relativismo suicida, el de la aspiración sin destino, el de la boca siempre abierta sin encontrar el pan? Dejemos por ahora pregunta tan importante y oigamos una nueva frase de Nietzsche: *“Vamos empujados por el espíritu, de opinión en opinión, a través del cambio de los partidos; vamos como nobles traidores de todas las cosas susceptibles de ser traicionadas”*.

<sup>40</sup> Azorín, *Madrid*, Espasa Calpe, 1949, Buenos Aires,

Nuestros tres filósofos coinciden también en el método. La filosofía tradicional había fijado una idea de hombre y en conformidad con ella juzgaba cada situación. Desde la concepción de Nietzsche, asumida por Unamuno y Kazantzakis, no basta ser un hombre, hay que ver las cosas como son, el medio para conseguirlo es poder observarlas con cinco ojos, desde muchas perspectivas diferentes, es necesario que uno haya sido muchos individuos y que los use a todos como funciones. Es así como nos encontramos con la formulación teórica de toda esa galería de personajes kazantzakianos y unamunianos: Augusto, Manuel, Abel Sánchez... Colón, Buda, Odiseo, Zorba, etc. Todos diversos, todos con una misma mirada en la creación del hombre ideal.

Nietzsche, Unamuno, Kazantzakis ¿herederos del historicismo del XIX? Sin duda. Baste recordar que ésta fue, con soluciones distintas, la preocupación de Dilthey, Hegel, Marx, Scheller, Spengler, Heidegger, Ortega y otros muchos más; en medio de este complejo de nombres Nietzsche, Unamuno y Kazantzakis, ciertamente, no desentonan, antes bien ayudan a conformar, desde la filosofía y la literatura, una mayor unidad.

El dogmatismo escolástico y el racionalismo ilustrado, habían olvidado en gran medida la perspectiva de la historia, y del hombre ante la historia, que ahora ellos asumen con tanto riesgo. El idealismo que durante los últimos doscientos años había gozado de todos los privilegios, elaborando un mundo de esencias inmutables, amparado por la razón, había destrozado —en frase de Unamuno— lo real, sometiéndolo excesivamente a sistema; contra esto se revelan ellos; se hablaba de la muerte y no de “mi muerte”, el Ser Supremo y no del “Dios vivo”. En la nueva filosofía, la conciencia deja de ser contempladora, para ser actora. El nuevo camino será en consecuencia, no el de las sumas o tratados, sino el de la literatura que pone en existencia concepciones sobre la vida. Son estos, filósofos de la condición humana y en la forma literaria Unamuno toma contacto con Nietzsche entre 1844 y 1900, Kazantzakis lo asumió como una constante de su vida y de su obra, desde el momento en que redactó su tesis doctoral sobre el filósofo alemán.<sup>41</sup>

---

<sup>41</sup> Para el caso de Kazantzakis véase “Kazantzakis y el Gran Mártir: Nietzsche” de Roberto Quiroz P. en: *BNH*, 11-12, 1991-1992. No debemos olvidar que Kazantzakis trabajó una tesis sobre Nietzsche, que publicará en 1909 con el título *Federico Nietzsche en la filosofía del derecho y de la ciudad* y tradujo al griego *El nacimiento de la tragedia* y *Así habla Zaratustra*. El autor griego dedica a Nietzsche uno de los capítulos más emocionados de *Carta al Greco*. En el caso de Unamuno, el mismo nos dirá que cuando se decidió ir de Bilbao a Madrid para conquistar la corte, llevaba sus maletas cargadas con obras de Nietzsche. Nietzsche, por otra parte, fue uno de los maestros de la Generación del 98. Véase *Nietzsche en España*, ed. Gredos, Madrid. No obstante ello, Unamuno criticará la idea del Superhombre, que no se condolía con su concepción “agónica” —*La agonía del cristianismo*— y “trágica” —*Del sentimiento trágico de la vida*—. Si en Kazantzakis y Nietzsche hay una resolución a las contradicciones del hombre, en Unamuno no; el símbolo de Kazantzakis es un Cristo que asume en la cruz todos los vencimientos y muere en la alegría; el símbolo del hombre para Unamuno es el Cristo de Velásquez, siempre agónico, pues nunca acaba de morir.



### 3.3 DOS ESPACIOS DE CONSUELO:

*La flor de loto* (Kazantzakis) y *El sueño* (Unamuno)

Nietzsche no constituyó para nuestros filósofos-escritores un paso superado, sino un paso acumulativo; sólo así debemos entender la abertura de estos nuevos espacios.

Kazantzakis se encuentra ahora en Viena. El Superhombre empieza a hacer crisis en él. ¿De qué nos libera el Superhombre, si cada día cada hora hay que impulsar el mañana? En el alma de Kazantzakis se levantan dos voces disputantes, la del Superhombre que le dice: *“El corazón del hombre es un cántaro agujereado, con su boca siempre abierta, aunque todos los ríos de la tierra se viertan en él, estaría siempre vacío y sediento”*. La otra voz replicaba: *“Hay que buscar la libertad de la liberación; poco a poco, sin tumultos, el profeta de la redención total –Buda– ascendía en mi; el fondo de mi ser se convertía en un loto”*.

Hacia tiempo que Kazantzakis había leído la obra de Buda, aunque –como él mismo señalara– la había olvidado; ahora, aquí, en Viena sentía una voz *“mágica, embrujadora”*, escucha: *“Elevad vuestro espíritu por encima del deseo y de la esperanza, y entonces podréis entrar, aunque estéis vivos, en la beatitud de la inexistencia”*. Fue entonces cuando, acosado el escritor griego por una prostituta sintió que su cuerpo la deseaba, pero su alma ascética, no; el poder del espíritu hizo, entonces, que su cara se convirtiese en un rostro monstruoso, situación que le impedía poner en acción la pecaminosa cita. Consulta a un psiquiatra, que le revela el secreto: También en el pasado, le dice, hubo monjes a quienes el cuerpo se cubrió de lepra, mientras les rondó la tentación; cuando huyeron del pecado, el cuerpo recuperó la salud. Kazantzakis toma las maletas y alcanza la estación del tren, sintió que su rostro se empezaba a deshinchar; tomó un espejo, se miró y el milagro se había producido. Estaba sano.

El capítulo del viaje de Kazantzakis a Viena, termina con esta reflexión sobre el alma humana: *“A partir de aquel día comprendí que el alma del hombre es un resorte terrible y peligroso; una gran fuerza explosiva que llevamos con nosotros, envuelta en nuestras carnes y en nuestras grasas sin saberlo... Si somos indignos, cobardes, mentirosos, es culpa nuestra... tenemos en nosotros una fuerza todopoderosa y no nos atrevemos a utilizarla; si lo supiéramos admiraríamos el alma humana. En la tierra y en el cielo nada se parece tanto a Dios como el alma humana”*.

No obstante la experiencia de Buda, tampoco el gran asceta asiático logró tomar posesión definitiva del alma de Kazantzakis, sí una nueva experiencia espiritual y profunda. Ahora en Berlín, ama a una judía, y siente que la sotana amarilla del budismo no lo cubre por entero... *“¡Qué puede esperar Buda en Creta... los cretenses son los hombres siempre en estado de avidez”*.

En Unamuno la “flor de loto” se llama “el sueño”. Carlos Blanco Aguinaga, al estudiar la palabra “sueño” en Unamuno, distingue cuatro tipos de onirismo unamuniano; el último es aquel que Unamuno llama “el buen sueño”, “el sueño sin sueños” cuyo símbolo

es la madre y su regazo. Para un hombre atormentado por las contradicciones, sentimientos agónicos, y una vida conscientemente angustiada, el sueño es el lenitivo, la vaciedad budista, en términos de Kazantzakis: “*Dormir –dice Unamuno– es acostarse en el regazo de Dios*”. Por esto, muchos personajes del escritor vasco, atormentados como él, apetecen ese dormir, porque es “*vivir sin agonía*”. Apetecen el sueño San Manuel en *San Manuel Bueno, Mártir*, Apolodoro en *Amor y Pedagogía*, Miguel Arana en *Paz en la Guerra*, Augusto en *Niebla*. Desde su libro de 1907 *Poesías* hasta *Cancionero*, obra de 1928, el tema del sueño se reitera en Unamuno como un “leit motiv” salvador en su obra:

*Y si de mi sueño  
no despertara  
Esta congoja solo  
durmiendo pasa;  
duerme.  
Oh, en el fondo del sueño  
siento a la nada...  
Duerme, que esos sueños  
el sueño sana;  
duerme.<sup>42</sup>*

Este es el vocabulario unamuniano asociado con el sueño “espiritualmente reparador”: Regazo, madre, cuna, seno, abrazo, claustro maternal, océano, flor de loto –como en Kazantzakis– todos símbolos de la inmensidad acallada.

### 3.4 EN LA RUTA DE LA LIBERACIÓN POLÍTICA: HEGEL Y LENIN

Un día en Berlín una judía, Itka, sostiene esta conversación con Kazantzakis:

*–¿Africano?– Me preguntó.  
–Me reí. –No del todo– Le respondí; –solamente de corazón.  
–(...) Yo soy judía.  
–(...) ¿Todavía esperáis el Mesías?  
–Ya no lo esperamos, ha venido.  
–¿El Mesías?  
–Sí. El Mesías.  
–Volví a reír. –¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo se llama?  
–Lenin.*

Y Kazantzakis reflexiona: “*Es otra máscara de la desesperación y de la esperanza de los hombres (...) Aquella noche Buda comenzó a palidecer en mi (...) Esta raza, la de Itka, no se preocupa de la belleza y su pasión suprema no es la libertad, es la justicia*”.<sup>43</sup>

<sup>42</sup> Unamuno, *Cancionero*, Losada, 1953, Buenos Aires.

<sup>43</sup> Kazantzakis, N., *Carta...*, op. cit., pp. 301-303. Buda palidece en el alma de Kazantzakis por un impulso más cristiano que marxista. El budismo tiende a la anulación de la persona, el cristianismo tiene como

Piensa ahora, por oposición a Lenin, en San Francisco, en Albert Schweitzer; los admira, pero siente dentro de sí el grito de Creta: ¡Libertad! “*En los momentos decisivos de mi vida, Creta siempre se estremece en mí y se pone a gritar*”. Sorpresivamente un telegrama le invita a Moscú para participar en el aniversario de la revolución. Allá se dirige, “*ahora observaré cómo luchan el Espíritu y la Materia en el Kremlin*”. Visita la tumba de Lenin: “*Este es también un Cristo. Un Cristo rojo. La sustancia es la misma, es la sustancia eterna del hombre, hecha de esperanza y de temor. Sólo los nombres cambian*”.<sup>44</sup>

Poco después observó la persecución secreta. Los destierros sin juicio a Siberia. Los desaparecimientos de personas. La eliminación, por obra del Partido, de su amiga Itka, y Kazantzakis comienza su regreso del marxismo. Sin embargo, aun siente que una fuerza invisible –que no es Dios, ni conciencia metafísica, ni Ser Perfecto– sino una fuerza misteriosa, es quien guía la historia; el autor griego, ha empezado a despojarse de Lenin, no de Hegel, y piensa: el Espíritu se encarnó en Rusia en los Soviets; en el pasado ese Espíritu se había encarnado en otras formas igualmente válidas. Y llegó el día conmemorativo con sus fiestas y desfiles obligados; el escritor griego, aún siente que este Espíritu de fraternidad universal está vivo, y se ha manifestado en la momento en historia que está viendo. Confiesa emocionado: “*Aquel día fue el segundo gran día de mi vida*”; el primero, para Kazantzakis, había sido cuando el príncipe Jorge de Grecia, pisó Creta Asiste después a la catedral de Moscú, hay poca gente que reza, alguien le dice: “*¿Usted no ha traicionado a Cristo? Si él no me traiciona –respondí– yo no lo traicionaré.*”<sup>45</sup> Así se expresan las dubitaciones kazantzakianas ante el marxismo. Dubitaciones del genio, no del inseguro u oportunista buscador de éxitos por la vía fácil. “*Del hombre es cambiar de consejo, decían los antiguos, pero del hombre*”.<sup>46</sup>

El carácter del marxismo kazantzakiano, difícilmente podrían ser admitido por los marxistas más ortodoxos, sin embargo, sí por los hegelianos más liberales. Para Kazantzakis la historia está presidida por una fuerza invisible a la que hay que obedecer; esta idea es la que llama al hombre a realizar algo inmortal, porque el hombre trabaja –según el autor griego– con un ritmo inmortal. Ha habido un progreso milenario que ha llevado a la materia a ser objeto vivo en las plantas, ascendieron éstas a la sensibilidad en los animales, y esa sensibilidad hoy se hace espíritu en el hombre y deberá ascender aún más hacerse más en la

---

misión construir el reino de Dios anticipadamente en este mundo. El Nirvana es un amor de huida, en el cristianismo el amor es acción; no contentarse con la pasividad, no le vino, así pues, de la acción transformadora del mundo del marxismo; el marxismo es una suplantación laica del cristianismo no cumplido socialmente.

<sup>44</sup> Ibid., p. 327.

<sup>45</sup> Ibid., p. 339.

<sup>46</sup> Gregorio Marañón ha escrito un interesante ensayo sobre las “ambivalencias”, a propósito de Garcilaso de la Vega; en esta línea debemos entender la vida de Kazantzakis y las llamadas “contradicciones” de Unamuno. En todos estos casos más que pasos excluyentes son pasos acumulativos o, si se quiere, distintas versiones de la misma problemática. En este sentido en los dos escritores, el griego y el español, hay una concepción radial de su pensamiento; Cristo, Nietzsche, Buda, Ulises y Odiseo son tan Kazantzakis como Augusto, San Manuel, Don Quijote y Cristo para Unamuno. Y en ambos, cada obra literaria, un método de conocimiento. Véase *El pensamiento de Unamuno* de Serrano Poncela, obra citada, en su capítulo *Formas de expresión y método de pensamiento* y para Kazantzakis la obra de Marie-Louise Bidal Baudier *Niko Kazantzakis. Como el hombre se hace inmortal*, en el capítulo “Sentido poético”.

historia y la sociedad. “Distingo nítidamente el grito de lo invisible que sube y empuja al mundo, para que suba él también. Si yo hubiera vivido en otros siglos, habría percibido el grito en la masa de los nobles, de los burgueses, de los industriales, de los comerciantes que entonces ascendían, y yo habría luchado a sus flancos”.<sup>47</sup> Kazantzakis piensa que en ese momento en Rusia, el Espíritu ascendente opera en la clase trabajadora. Pero, Kazantzakis fue a Rusia a buscar a Lenin y se encontró con Hegel.

Existen estudios muy detenidos sobre Hegel y Unamuno, uno de ellos, precisamente con el título “Hegel y Unamuno”, del profesor Eladio García; pues bien, señala este autor a propósito de la obra de Unamuno: “Para Hegel en el principio está el Espíritu, con todas sus posibilidades; a esta forma inicial se fueron oponiendo cada realización concreta de los hombres, siendo en la *Fenomenología del Espíritu*, “conciencia angustiada”: El hombre medieval buscó unir la conciencia contingente con la absoluta, pero encontró el sepulcro vacío, dice; instala, entonces, el absoluto en su yo renacentista, pero éste sufre la temporalidad y desgaste barroco; el hombre persigue entonces el Espíritu en una objetivización externa, en la Naturaleza y la Ciencia del XVIII, pero también este absoluto es inaplicable a las ciencias humanas, al estado, a la moral, a la economía, a la política; el absoluto será entonces el Estado Totalitario”, consecuencia que Unamuno ciertamente no suscribe y Kazantzakis, pese a su entusiasmo inicial por Lenin, tampoco. La Creta libertaria y el individualismo español, no toleran formas de anónimos totalitarismos.

¿Cuándo Unamuno tomó contacto con Hegel? El Rector de Salamanca hace esta confesión en una carta a Federico Urales: “Aprendí alemán en Hegel, en el estupendo Hegel, que ha sido uno de los pensadores que más profunda huella han dejado en mí. Hoy mismo creo que el fondo de mi pensamiento es hegeliano”.<sup>48</sup> ¿Cuándo conoció Kazantzakis la filosofía de Hegel? No lo sabemos. Lo que si sabemos es que este texto podía ser suscrito tanto por el autor español como por el autor griego: “Que hermoso fue aquel gigantesco esfuerzo de Hegel, el último titán, para escalar el cielo. Qué hermoso fue aquel trabajo hercúleo por encerrar el mundo todo en fórmulas vivas, por escribir el álgebra del universo. Que hermoso y qué fecundo. Comprendió que el mundo de la ciencia son formas en proceso inacabable, y quiso levantarnos al cenit del cielo de nuestra razón y desde la forma suprema hacernos descender a la realidad que iría purificándose y abriéndose a nuestros ojos, racionalizándose. Este sueño del Quijote de la filosofía ha dado alma a muchas almas”.<sup>49</sup>

<sup>47</sup> Kazantzakis, N., *Carta...*, op. cit., p. 348.

<sup>48</sup> Unamuno, “Carta a Federico Urales”, publicada en: *La evolución de la Filosofía en España*, Ed. de Cultura Popular, 1968, Barcelona, p. 161. Otras vinculaciones con Hegel en: *Unamuno y Hegel*, de Ciriaco Morón A., en: *Miguel de Unamuno*, col. El Escritor y la Crítica, Taurus, 1980, Madrid.

<sup>49</sup> Para Unamuno la intrahistoria reproduce el espíritu hegeliano; y la intrahistoria se esconde en el lenguaje y en la familia, particularmente en la madre, gran transmisora y dinamizadora de la tradición. La intrahistoria es estabilidad en el continuamente móvil de la historia, es el mar que muestra en la superficie móviles olas. El sueño, el inconsciente, la nación y no la patria, son otras tantas caras del espíritu de la intrahistoria. El trasfondo que mueve la historia para Kazantzakis es el Espíritu Absoluto del que el hombre es solo una partícula, así es visto también por Constantino Papadakis.

### 3.5 ALEXIS ZORBA Y DON QUIJOTE

Kazantzakis no fija en forma permanente sus modelos de hombre; en una parte dirá: “Cristo, Buda, Lenin”, en otra “Homero, Buda, Nietzsche, Bergson y Zorba”. Son los unos y los otros. El pensamiento de Kazantzakis es más circular que lineal; tenía como símbolo el sol, circular y radiante, poderoso y divino; la figura del sol solía ser con frecuencia el gran símbolo con el que decoraba su casa, así la de Egina. Ya queda señalado en páginas anteriores que las distintas etapas de su vida, así como las de la vida de Unamuno, son más acumulativas que desplazadoras, variantes de una misma música existencial. Kazantzakis nos lo recuerda: *“Todos mis viajes se habían convertido en una sola línea roja que salía del hombre y subía para alcanzar a Dios – quiero decir, la más alta cima de la esperanza”*. En este sentido deben leerse estas páginas y las distintas etapas de *Carta al Greco*, como si fuesen una sola etapa. Si hay ocasiones en las que textos del autor parecieran desmentir esto, es sólo tono de voz para acentuar accidentales diferencias. El pensamiento de Kazantzakis, como el del escritor español, no se reconstruye, se viaja a través de él. Odiseo es tan Kazantzakis como Cristóbal Colón, Zorba el Griego o Constantino Paleólogo; del mismo modo que en cada novela de Unamuno existe siempre un personaje que representa al autor de la novela, representación que llega, como en el caso de *Niebla*, a tener el mismo nombre, Unamuno, y el mismo cargo que ostentaba en la Universidad de Salamanca, Rector. No obstante ello, todo autor tiene especiales preferencias por alguno de sus personajes en el caso de Kazantzakis por Zorba: *“Si hubiese de elegir a un guía para la vida –dice el autor griego– sería Zorba: Primitivo, con impulsos poderosamente creadores, mano segura, ironía ante el fracaso, risa ingenuidad... Nosotros cavamos –decía Zorba– para ver qué llevamos dentro”*.<sup>50</sup>

Zorba es un cretense, como Kazantzakis, y Zorba revela al escritor griego su raíz terrígena, de amor a la libertad y a Dios. No olvida que fue en Creta donde por primera vez el cristianismo encontró el símbolo del pez. La “mirada de Creta” es la mirada poderosa del hombre frente al toro. Es donde el hombre valora en toda su extensión a Prometeo el rebelde; donde el hombre se siente Centauro, con pies de bestia que pisa el barro y cabeza de hombre que mira al cielo. En Creta, isla centro de muchas islas, se ve pasar todos los días en la noche a Ulises diciendo: *“No hay más que el mar y una barca minúscula como el cuerpo del hombre, y en ella el Espíritu por capitán”*.

Zorba le reafirma en la gran y única idea que desde niño consumía su alma: *“Toda mi vida ha sido poder crear una sola idea que dé un nuevo sentido a la vida, un nuevo sentido a la muerte y consolar a los hombres, como el rosal que respondió a las ortigas que le preguntaban cómo hacía flores tan hermosas; fue su respuesta: Cuando llega el invierno y llueve, nieva, graniza y los vientos me deshojan sólo tengo en mi mente una*

<sup>50</sup> Kazantzakis, N., *Carta...*, op. cit., p. 369. Se preguntaba el profesor de filosofía de la Universidad de Friburgo Phillibert Secretan cuál es el “principio de gravitación” del pensamiento de Kazantzakis, y lo preguntaba porque, resuelto esto, se habrá aclarado la complejidad de ideas y personajes que en su obra se afirman y niegan. Creemos que en Kazantzakis, como en Unamuno, todos los personajes son reductible a uno. Secretan prefiere situar a Kazantzakis en el dualismo platónico, una conciencia que buscó superar la caverna, “cavar dentro para ver lo que tenemos”, como dice Zorbas.

*cosa: la rosa;... hay una cosa de la que a lo largo de toda mi vida he estado seguro: que hay un solo camino, y nada más que uno, que lleva hacia Dios: El camino ascendente*” y si aparece la **necesidad**, la fatal necesidad griega, deberá ser vencida, porque el hombre es libre y, en caso contrario, ser vencidos por la Necesidad es ser vencidos en nuestra condición de hombres. Si decía André Gide: “*En el hombre hay más cosas dignas de admiración que de odio*”, Kazantzakis añadirá: “*La suprema dignidad del hombre es llevar en su alma simientes de Dios, fuerzas supremas que lo lanzan al infinito*”. Y Zorba es una de estas conciencias prometeicas. Algunos críticos han señalado que Kazantzakis es un heterodoxo o un nihilista en religión, pues ve la imagen judeocristiana del hombre con menoscabo. Kazantzakis propone, por el contrario, un optimismo no reconocido por la Iglesia. Esta es una visión muy pobre y parcial de lo que es el cristianismo; ciertamente hay en ella Cuaresma Penitencial, pero también Pascua de Resurrección. Kazantzakis, en su aparente ateísmo nietzschiano, sin quererlo, afirma aquello de San Pablo: “*Allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*”.

La figura prototípica de Unamuno, su Zorba o su Odiseo, es don Quijote: El héroe de ese trágico caminar hacia la esperanza, sin esperar nunca recompensa, pues: “*Mis arreos son las armas, mi descanso el pelear...*” Don Quijote –dice Unamuno– es un Odiseo navegante por los mares de las mieses de Castilla, como dijo Fray Luis de León, otro manchego que defendió la verdad y la justicia, siendo golpeado con las mismas armas con que combatía”. La asociación unamuniana entre Odiseo, don Quijote y el mar, nos merece una precisión más.

La imagen del mar, espacio de contingencias donde el hombre se prueba, era muy querida por Unamuno; el mar aparece en 56% de sus poesías; en *De Fuenteovejuna a París* (1925) 36 de los 103 sonetos tienen referencia con el mar, sin olvidar que es una obra *Odisea*, la del destierro de Unamuno. *En torno al casticismo*, otra obra de Unamuno, encontramos tres metáforas, la luz, la música y el mar, expresada ésta en “las olas de la historia”. Entender la historia como el mar, es imagen común en Unamuno y Kazantzakis. Por esto dirá Unamuno en sus Poesías: “*No busques luz, mi corazón, sino agua*” verso que podía ir escrito en el flanco de la embarcación del Ulises de Kazantzakis. Y este texto ¿por quien de los dos escritores fue compuesto? “*El Universo todo es un tejido de hechos en el mar de lo indistinto e indeterminado, mar etéreo y eterno e infinito, un mar que se refleja en el cielo de nuestra mente, cuyo fondo es la ignorancia. Un mar sin orillas, pero con su abismo insondable, las entrañas desconocidas de lo conocido, abismo cuyo reflejo se pierde en el abismo de la mente*”.<sup>51</sup> Pues bien, en medio de este océano, que Unamuno identifica muy frecuentemente con la estepa castellana, levanta el autor español, como hemos dicho, la figura de don Quijote, el Odiseo español que encuentra las ventas como el griego las islas y las sirenas tendrán nombres de Maritornes, Tolosa o la Molinera. Partieron los dos a poner orden en el mundo y establecido –hasta donde el orden puede ser establecido

<sup>51</sup> Unamuno, *Obras completas, III*, p. 45. El símbolo en el mar en Unamuno ha sido estudiado en forma detenida por Carlos Blanco Aguinaga, op. cit., p. 221 a 249. Digamos, sólo como una precisión, –que no hace Blanco Aguinaga– que, si para Unamuno el mar es el símbolo de la intrahistoria que va bajo y en el interior de la historia, Ulises navega para Unamuno por dentro, y hay que salir de los ruidos externos de las olas para escucharlo y verlo pasar.

en el mundo– ambos regresaron a una casa **provisoria**, pues Don Quijote muere y a Ulises no le satisface la quietud doméstica.

La figura de don Quijote, por lo mismo, subyugó siempre a Kazantzakis. El autor griego llega a decir que así como Odiseo es el símbolo de Grecia, el de España es don Quijote. *“España es el don Quijote de las naciones. Se alza para salvar al mundo, despreciando la seguridad y el bienestar para ir en pos de cualquier exótica quimera, que jamás podrá alcanzar. Se agota a sí misma en esta campaña quijotesca e irracional. Sus ciudades se vacían. Sus campos se dejan de cultivar. Sus canales construidos por los árabes se ciegan y sus jardines se marchitan. Está creando su leyenda... Aquí por entre estas montañas que yo ahora atravieso, sufrió y luchó el eternamente errante Caballero del Ideal. Al igual que Ulises, Hamlet y Fausto, es alguien profundamente arraigado en el alma humana”*.<sup>52</sup>

Concluimos con las mismas palabras con que comenzamos: *“Unamuno y Kazantzakis, dos escritores, dos filósofos, dos testigos de nuestro tiempo”*.

---

<sup>52</sup> Kazantzakis, N., *España, dos rostros*, op. cit., p. 14 y 42.

#### 4. LA GENERACIÓN LÁRICA DE CHILE

Esta generación recibe también el nombre de “Generación de 1950”, concepto creado por Pedro Lastra, y comprende los poetas nacidos entre 1920 y 1935.

He aquí una síntesis de las coincidencias cronológicas: Nacen en 1926: Sara Vial, Miguel Arteche y Pablo Guíñez. En 1928 nace Juan Lanza. Pertenecen al año 1930: Alfonso Calderón y Jorge Teillier. En 1931 encontramos a Efraín Barquero, Sergio Hernández y Rosa Cruchaga. Sin duda que esta cronología es de las más apretadamente generacionales.

El espacio de nacimiento también nos entrega otra variable: Arteche nace en Nueva Imperial; Teillier en Lautaro; Pablo Guíñez en Lumaco; Alfonso Calderón en San Fernando; Juan Lanza en Temuco; Rosa Cruchaga nació a la poesía en Concepción Sergio Hernández es de Chillan; Sara Vial de Valparaíso. Todos de provincia y, por lo general, del sur.

Finalmente, profesores. Así, estudiaron en el Pedagógico de Santiago: Teillier, Guíñez, Barquero; en la Universidad Católica, Rosa Cruchaga; y todos, si acaso con la excepción de Sara Vial y Barquero, han ejercido la pedagogía.

Nos hallamos ante una generación desidentificada. Un intento por definirla hace años, mediante un conjunto de estudios que se expondrían en la Biblioteca Nacional, quedó en eso, en intento. Son muchas las razones de esta “postergación” en cuanto grupo: Primero, Chile es un país personalista, donde los grupos sociales –sindicalismo, asociaciones, partidos políticos, generacionales literarias– son muy frágiles, cambiantes, incapaces de hacer historia sostenida. Se cree más en las figuras, que se entienden como salvadoras: El sistema presidencialista que reproduce con frecuencia más a la familia –Carrera Pinto, Alessandri, Frei– que a los partidos; el sindicalismo fue Recabaren y Clotario Blest; en poesía tenemos a Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Parra. José María Echeverría, traductor de Weber, cree que el personalismo chileno obedece o arranca del antiguo hacendado colonial, y este del “personalismo” español, que es, además, mediterráneo: El griego es olímpico, el italiano emperador, el español conquistador. Los tres hablan en singular; “y yo estoy aquí para cantarlo” dice Neruda, como buen heredero de ese yo. En este marco mental, es muy difícil valorar, y muy poco se han valorado en Chile los grupos literarios: La Mandrágora, el Grupo Fuego, el Grupo de los Diez, la Generación del 40 y esta Generación Lárica o de 1950. En segundo lugar, la Generación Lárica es de clase media, clase eternamente postergada en Chile. Martín Rivas, Mamá Rosa, Hijo de Ladrón son ideales de hombres y mujeres de clase media sin porosidad político social. Finalmente profesores, en un país que siempre ha privilegiado al médico, abogado, ingeniero, y pocas carreras más.

Una nota más en esta introducción apresurada: en este estudio, no vamos a proponer los fundamentos estéticos –fenomenológicos del tema los “lares”, ni el contexto histórico–sociológico que enmarcó inicialmente esta generación. Remito, en el primer caso, a las obras de Bachelard *La poética del espacio* y el de Otto Bollnow *Ser y espacio*; en el segundo, véase la *Historia de Chile* de Sergio Villalobos y, de modo particular, *Testigos del 38*, singular obra de Marta Infante.



#### 4.1 BIOGRAFÍAS COMPARADAS

Jorge Teillier Sandoval, nace en Lautaro, provincia de Cautín, “*donde la voz de la lluvia hace callar la voz de la noche*”. Su padre, contador y agricultor. Poeta-campesino es Teillier, quien escribe su primer libro con el título *Para ángeles y gorriones*.

Sergio Efraín Barahona Jofré, nació en Piedra Blanca, Curicó, un 3 de mayo de 1931. Como Teillier, también al Pedagógico. También una primera obra arraigada en el campo: *La piedra del pueblo*, 1954. En “Amor de tierra” leemos:

*Amor de la tierra, no me des tregua nunca.  
Yo seré como una ola que regresará siempre,  
a morir y a renacer en tus arenas.*

.....

*Amor de la tierra, entiérrame en el río cuando  
muera,  
para seguir recorriendo siempre tu cuerpo.  
O entiérrame en la selva, para estar siempre  
rodando  
hacia tus astilleros como un árbol marino.*

Pablo Guíñez Gutiérrez, nace en Lumaco un 30 de junio de 1929, en “*una aldea situada al fondo de la lluvia*”, en Malleco, novena región. Hijo de profesor rural y horticultor:

*Hace tiempo mi padre me enseñó la floresta  
Me llevó por caminos ondulados de trigos  
y trepamos alegres en pos de la colmena  
primitiva que canta al pie de añosos olmos.*

Miguel Arteche, Premio Nacional de Literatura 1996, nació también en el sur, en Nueva Imperial, en 1926. Profesor en la Universidad de Honduras. Golpeado por la ciudad, que no abandona y le remite una y otra vez a sus fuentes y nostalgias:

*Huelo todo el pasado en esta casa  
siento toda la ausencia en esta ropa  
vacío el comedor, bebo en la copa  
que un viento asolador muele y arrasa.*

Así recuerda “El comedor” de su casa, vieja casa de Nueva Imperial. Del campo, en el campo o del campo son otros poetas: Sergio Hernández, eterno arraigado, en Chillán; Rosa Cruchaga, con nombre de viñedos y cuya vocación literaria despertó en el sur, en Concepción, a la vera de Arteche; Alfonso Calderón, Juan Lanza, José Miguel Vicuña y su esposa Eliana Navarro, Rolando Cárdenas, Armando Rubio, Enrique Lihn.

## 4.2 LO LÁRICO Y SUS VERTIENTES

Lo lárico es sólo una vertiente de esta generación, enriquecida por otros muchos esteros temáticos; así: la marca existencial, la vinculación con los clásicos (Arteche); lo religioso, en algunos (Cruchaga); el “genos”, que es tronco de arboleda hecha abuelo, padre, hermanos (Teillier, Guíñez Barquero) y frutos de hijos; como profesores, hay en ellos conciencia de la palabra, casi filólogos-poetas, así: Guíñez, Arteche, Cruchaga, Lihn... teorizan todos ellos, reflexionan sobre este instrumento que usan, y es la palabra. Hay estudios serios al respecto: Los de Guíñez, marcado por Oroz y Rabanales; el estructuralismo de Lihn, que le llevó a la polémica con José Miguel Ibáñez Langlois; Cruchaga hizo, sobre esta conciencia lingüística, un brevísimo discurso de ingreso a la Real Academia Chilena de la Lengua; Arteche habló sobre la palabra y sus palabras, en una presentación en esta Universidad. En virtud de ello Alfonso Calderón, Sergio Hernández, Arteche y Cruchaga pertenecen a la Academia Chilena de la Lengua.

### 4.2.1 Jorge Teillier, poeta lárico

Su nacimiento se produjo entre araucarias y lluvias. Su poesía es como las casas campesinas “abiertas para quien quiera entrar en ella” (Prólogo a *Muertes y Maravillas*). Cantor de grandes símbolos lárlicos: trenes, caminos y ríos, “*porque los trenes caminos y ríos simbolizan el paso del tiempo y me recuerdan la infancia en un pueblo con el corazón atravesado por un tren... todo lo que hago en mis poemas y en mi vida, son viajes. Pero viajes hacia el interior, porque soy sedentario y mucho, mucho más árbol que pájaro*”. Los caminos en el campo, se sienten. El tren hace sonar sus ruedas y los ríos tienen murmullo. En la ciudad toda esta vivencia se nos fue. Santiago siempre es el mismo; el campo, con cada estación anual renace de forma distinta.

Y la nostalgia del mundo mágico de la niñez, “*el menosprecio de corte y alabanza de aldea*”, pero en Teillier con su propia marca: Antes de nacer ya pertenecía al orden natural, del que se siente parte y al que volverá al morir.

*Ve pasar un rostro desconocido  
en el canal que corre frente a la casa.  
Ese rostro  
será mi rostro un día.*

(*Crónica del Forastero*, 1968).

El lar para Teillier es más que el espacio del sur de su infancia, éste remite al otro al “post mortem”: un espacio, una casa mítica, donde los pájaros, los seres vivos y los muertos, incluso los antepasados, se encontrarán en la casa madre de la naturaleza. “*Los antepasados y los parientes aparecen en esta poesía no en su condición de mero parentesco, sino elevados a la categoría de figuras míticas transfiguradas en ángeles guardianes*”. Teillier se libera del mito de un “mundo otro” de Huidobro, del mito comunista de Neruda, de los espacios caídos y descompuestos de Parra, crea una interioridad natural, nos rescata para el primer día de la creación cuando estábamos armonizados con la naturaleza, éramos

naturaleza que pensaba y cantaba sin dejar de ser hermanos del gorrión, el viento de la tarde y las aguas mansas. Su padre fue un militante comunista; él renunció a ideologías, pues *“ninguna poesía ha calmado el hambre física del hombre”*; él fue profesor, y dejó de ser profesor, le molestaba el segundo y hasta tercer grado de abstracción que usamos los profesores, mucho más las fórmulas y metalenguajes:

*Cuando las amadas palabras cotidianas  
pierden su sentido  
y no se puede nombrar ni el pan  
ni el agua ni la ventana....*

Quiere un mundo físico al que pertenece y le pertenece, y no hay otro que el del campo, se fue al campo por eso usa mucho la personificación, las cosas tienen vida, hablan. El pecado original en Teillier es pasar de la niñez mimetizada con el espacio, al adulto que piensa irse a la ciudad, pasamos a hijos pródigos, título de un poema suyo.

La muerte, será hermana muerte, pues nos rescata para la naturaleza: *“La muerte será una hoguera junto a la cual nos agrupamos”*. *“Para mi la poesía es un intento de integrarme a la muerte”*. Lo láríco para Teillier no es un tema folklórico, es el profundo e inefable ser de las cosas. Es un buscador de un tiempo y espacio arraigado, y por esta vía Teillier, como otros poetas de esta generación, se hacen existencialistas y “creyentes”. La aldea es también una imagen del Universo.

Alone dijo en su oportunidad, Teillier es el mejor de su generación. Ahora descansa en un cementerio rural, como él quería, en la Ligua, no con sauces llorones o enlutados pinos de cementerio, *“planten a la vera de mi tumba un aroma, anunciador de presurosos días de primaveras, donde yo cante con los pájaros”*.

#### 4.2.2 Pablo Guíñez, 1949

Claudio Solar publicó una antología de la joven poesía de la Escuela Normal de Victoria, allí apareció su primer poema; dice Claudio Solar, *“son todos adolescentes y sus poemas les crecen como una flor”*; ahí aparecía el poema de 1942 “Al árbol”, galardonado en Purén, “un soneto que me costó “fiebre y lágrimas” dice Guíñez. Él siempre ha confesado: “Escribo en homenaje a la palabra” (*Libro de las Imágenes*). En 1951 fue Premio de la Federación de Estudiante de la Universidad de Concepción; allí participó en un taller literario con Linh, Arteché y Teillier, luego Rosa Cruchaga. Tenía conciencia de su generación, de la nueva palabra, por eso se atrevió a decir: “Neruda ya cumplió con lo suyo; esto me trajo muchos disgustos” *Afonía total* está dedicada “a los que me silencian”. Como Teiller, renunció también a una lingüística de metalenguajes: renunció a una invitación para la Universidad de Hopkins; renunció a la postulación de Rocco Cambareri, para ir a la Universidad de Roma; Eladio García quiso, y no pudo llevarlo a la Universidad de Costa Rica, Coseriu lo invitó a la Universidad de Tubingen. Guíñez es poeta, escribe a destajo y sin cansancio, y escribe a la vera de las cosas que le vieron nacer, “no las traicionaré exiliándome culturalmente”:

*El poema es un árbol  
que al girarlo  
se le cae la música.  
En el poema crece la palabra.  
Y la palabra canta, como un pájaro  
afirmada en el arco primitivo  
que desnuda la sangre.*

Hay que recuperar la palabra. Huidobro hizo de ella un meteorito galáctico; Neruda la subió al Olimpo, es himnico; Parra la zamarreó. El poeta de esta generación de 1950 es mimador de la palabra: Calderón, es conciso; Cruchaga, hermética; “*escribió en homenaje de la palabra*” dice Guíñez. Cuando más rescate mi palabra, más me rescato yo y el espacio láríco que me funda. Amar la palabra por el amor del espacio. Palabra y ser, ésta es la cuestión. Y para hablar del ser y la palabra, hay que hablar en voz baja, confesional. Esta es una generación de intimidades, sin las grandilocuencia de Pablo de Rocka, Neruda, Huidobro o las iras amargas de Gabriela Mistral, para quien, como Neruda, su verso se hace látigo y castigo. “*De la tumba donde te pusieron, te bajaré...*” “*Yo tengo una palabra en mi garganta, si la deajo salir...*”

Esta generación es de palabra callada, aquella con la que el campesino saluda todos los días al animal en su cuadra, a la flor en el huerto, o dice con el trago de vino o de agua, a solas, “qué buena es esta agua, este vino es de la cepa de don Clemente”. El agua, río, estero, lluvia o rocío llaman a la intimidad y sus secretos. El agua, con su sonido, siempre secretea, por eso su palabra es agua y ser, pues el mundo se fundó sobre esta movilidad significativa, de esto da cuenta su obra *Fundación de las Aguas*. El agua es idea fuerza en su poesía, porque el agua marca al hombre de la Frontera: Come, calza, viste, se mueve, trabaja, según el agua se lo permita. Pero el agua no es elemento maldito:

*la lluvia se descuelga con su paso de niña  
de lo alto del cielo y el agua rueda.*

El agua enseña a leer:

*Yo no tengo lenguaje, pero leo en la lluvia*

El agua tiene señorío:

*En el Sur. Donde el agua dice su señorío  
y la ventana coge el caracol del viento.*

Esta generación, como observamos, es antiheroica, recoleta, sin las bufonadas e histriónismo de Neruda y Rocka, Neruda y Huidobro. Ellos hacían poesía discurso, la generación del 50 es poesía del antidiscurso, es enunciativa, confesional.

*Bajemos a la tierra a endulzar la palabra  
y llenar de presencia vegetal su estatura*

Son poetas que se sienten cerca de Machado y Garcilaso, Guíñez –decía Arteche–, “me alegra tu libro tan ausente de metáforas...creo que es el destino de nuestra generación, cambiarle el rostro a la poesía”.

En Guíñez hubo una ruta de exploración lárca:

*Yo estoy muy lejos. Sol. Nadando en raíces.  
Queriendo perforar, ir hacia el agua  
y recorrer la piedra y su lamento.*

En aquellas angustias, se intoxicó, estuvo largas horas en coma, pero supo salvarse.

*Largos períodos de preparación requieren las flores  
largos períodos como el amor  
largos períodos de preparación y crecimiento.*

Guíñez es un obsesivo de la palabra, porque es un obsesivo de la raíz corola, flor y fruto de su ser en el espacio. Para ser ahí, necesito la palabra única, eterna, elegida antes de todos los siglos, que me permita hablar de ese ahí, pues nada se repite. Nuevamente el problema del ser y la palabra. El poeta debe deslexicalizar la palabra. La palabra funda las cosas, las cosas fundan las palabras:

*Construyamos ahora nuestra rosa  
la luz edifiquemos bajo el agua.  
Tratemos de mirar aquella tierra  
Ese rincón que cabe en una mano.*

Guíñez vive en Santiago, pero en un Santiago que no se le muestra agresivo; sabe descubrir lo que tiene de valle del Mapocho, de frescura natural oculta por la civilización; un día resonarán los himnos marciales del “Dieciocho” y que siempre llegan civilizadamente ritualizados, pero añade :

*Un día resonarán los himnos marciales  
y volarán de gozo las libélulas.*

Qué hay aquí de más valioso, los himnos marciales o las libélulas; sin duda el alma lárca que cada día ocultamos más en Santiago, al levantar más torres y menos árboles, más smog y menos aire.

Y Guíñez llegó finalmente a la palabra y al ser en su último libro *La región celeste*. Piensa con Parra que lo lárco natural de Teillier es muy respetable, pero “los gusanos no pueden ser nuestros jueces”; y se levanta desde la insatisfacción lárca de las aguas, símbolo de lo que se va, a la fundación de otra casa, en la que la del abuelo y el vecino se sumergen más dignificadas en *La región celeste*. ¿No manan de aquí las aguas?; ¿no es el cielo nuestro techo mayor? ¿no es círculo que nos contenta y horizonte que no nos paraliza? Buscó el ser y la palabra, y encontró el Ser con mayúscula y la Palabra con

mayúscula, que penetran las materias y las hace luz como “Esta piedra”, que se hace transparencia. Se siente constructor de la palabra y su significación. Empedernido hurgador, horadó la palabra hacía una semántica consoladora. Existencialismo y religiosidad se dan la mano, dice él. “Nosotros venimos emergiendo de un mundo caótico y hay que construirlo en el lar”.

### 4.2.3 Efraín Barquero

Como Teillier, Guíñez, Cruchaga, Arteché, Hernández, Gastón, profesor. Abandonó las lecciones. *La piedra del pueblo* es su primera obra, de 1954. Libro de un larismo que se híbrida con la lucha de clases. La lucha de clases, conmueve el espacio lárlico. No sin razón lleva el prólogo de Neruda. Segunda obra, *La compañera*, la mujer ya lazo de reconciliación.

*Hasta miro de otra manera a los hombres  
desde que descubrí tu miel silvestre.  
No quiero lastimar a nadie: siento que todos  
tienen como tú algo de nido salvaje.*

La mujer es riqueza. La lucha de clases se aleja de Barquero y su campo brilla con luz propia, sin mediatizaciones ideológicas:

*... como el único orgullo, como lo único bello  
como una joya ahorrada en la casa de un pobre.*

Ahora se invierten las palabras de los conflictos sociales, se llenan de otra semántica, los valores lárlicos sustituyen y superan los valores de cambio. La plata, el dinero, la riqueza... en el campo hay otras platas, más ricas y valiosas, dice de su padre muerto:

*Y aunque era negra la pobreza  
tu brillaste como un barco de plata.*

*Enjambre* es la tercera obra. Obra madura. La casa campesina se ha convertido aquí en imagen del mundo. Es un universo aparte. Este mundo tiene como el otro, el profano, una historia, con la diferencia que en aquel hay luchas de clases, violencias; en éste no ha habido pecado original, es la armonía de los abuelos, padres, hijos, nietos, allegados, todos hermanos. Aquí se habla del fermento para renovar al otro, el de las violencias sociales. Hasta las cosas materiales, son hermanas .

*Quiero dormir en el granero, en el granero  
de vigas añosas y paredes de barro.  
Que estén cerca de mi las herramientas que conocen  
la tierra  
que duerme junto a mi las trenzas del verano.*

En la ciudad no hay identidad:

*Poco nos distinguimos de un zapato  
en este apuro por vivir.*

Los hijos son la continuidad láríca:

*Un recién nacido en una casa sola  
es como el secreto de los viejos muebles  
y en la soledad casi humana de los lechos  
se aleja la muerte con su mancha pura.*

*El pan del hombre*, es el libro siguiente; se trata de un viaje a la energía misterioso de la vida de la cual surgió su padre y él y sus hijos y los hijos de sus hijos. Energía convocante. Si de lo social se fue a lo láríco antropológico, Barquero se nos está yendo a las raíces metafísicas de lo láríco, donde está la raíz última de su espacio.

Esta energía hecha familia se hace religión en *El Regreso*, libro de 1961. Lo óntico siempre es sagrado. Barquero se hace religioso, la imagen es la del padre en el correlato de Cristo que en la Última Cena, deja su cuerpo alimento perdurable. El padre es el alimento de lo láríco. El padre toma el pasado del abuelo y el futuro de los nietos.

*Padre, siempre que parta el pan, estaré  
tratando de comprender este momento*

*¿Para qué nos has reunido en torno  
a esta mesa donde no hay alimento ni bebidas?  
– Es mi propio cuerpo el que reconocéis  
mi casa inhabitada, mi lecho verdadero.*

Una reflexión recapituladora: Guíñez fundó una región celeste; Teillier, un cielo de armonía con la naturaleza; Arteché y Cruchaga, tienen un cielo cristiano; Barquero concluye, como ellos, en la intuición de lo láríco como superación del tiempo, y funda como ellos un espacio sagrado.

Naturalmente tenía que escribir *Poemas infantiles*. Los niños son los herederos de la tierra; ninguno de estos poetas deja de tener temas de niños: “Bicicleta” Arteché; “Simple juego” (Guíñez); Barquero escribe este “Juego”:

*La guinda roja  
buscar, buscar  
entre las hojas  
coral, coral*

*El tranco viejo  
gomar, gomar  
el zorzalejo  
brincar, brincar.*

(Juego)

#### 4.2.4 Miguel Arteche

Nació en 1926. Escribe su primer poema en Quinteros, en provincias. Tiene 18 años. El primer ciclo de Arteche es de melancolía y nostalgia, carece de originalidad. Sin embargo hay ya en “El sur dormido” algo que, en forma ahondada, persistirá: la fuente, el río, el boldo generoso, lo sagrado. Arteche es un poeta confesional. Lo lárlico hace cristiano católico. En *Destierros* y *Tinieblas* leemos: “*Creo que he dado una dimensión religiosa del mundo a nuestra poesía*”. En lo demás coincide con los poetas de su generación: el lar, y la conciencia de la palabra, lo que hemos llamado poetas filólogos: “*No es nada nuevo, pero sí lo es en la poesía chilena, dicho en términos generales, donde se ha abusado de la palabra, donde no ha existido conciencia de lo que es ella. El lenguaje de la poesía debe ser seco, austero, y esto no es corriente en la poesía chilena*”. También en Arteche la imagen del padre, del niño, el comedor, el tiempo que se ha ido, los ríos, las aguas, la universal temática de su generación.

Hay en Arteche una dramática, irresuelta originalidad manierista, originalidad por la confrontación lárlica laica con la dimensión religiosa doctrinal. Los poetas lárlicos, hasta ahora, fueron hurgando en el ser cercano, para fundar la región celeste, el paraíso perdido, para llegar a lo óntico y, como queda dicho, lo óntico es religioso. Arteche no llega a la región celeste, ya la tiene. Entonces, en la ruta penetradora de los espacios originales del sur, encuentra el final un desencanto, no son espacios autenticadores, también serán consumidos por el tiempo barroco, “*tú y ello juntamente, en polvo, en humo, en sombra en nada*”. Arteche no funda espacios humanos. El orden natural no tiene autonomía para él. Aspira hacia lo lárlico, lo quiere, lo ama, le atrae y le subyuga..., “*pero mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura y yéndolos mirando vestidos los dejó de su hermosura*”, no son Dios. San Agustín lo había expresado, pregunté a la belleza de las cosas y ellas me dijeron, no somos Dios, Él nos hizo.

*De mi matriz a la cuna  
y de la cuna hacia el río:  
y en el río vas al mar,  
hijo.*

*Madre, pero en el mar siento frío.*

*De mi matriz a la tierra  
no será largo el camino  
y en la tierra yo estaré  
contigo.*



*Madre, pero en la mar siento el frío.*

*De la matriz a la noche  
se va lo tuyo y lo mío;  
mas la noche será tierna  
para nosotros, hijo.*

*Madre,  
¿y si la noche es el frío?*

Matriz, cuna, río, tierra, caminos contenidos del lar ... pero con noche y frío.

Esta dualidad irresuelta, esta doble polaridad “Casa paterna” “Casa de Dios”, “Reino de la tierra”- “Reino de los cielos”, “Padre de mi vida y Padre, Dios”, queda una no menor inseguridad en este poema:

*Cuando todo sea olvidado (porque todo será olvidado)  
cuando no recordemos quienes fuimos bajo este árbol  
que ha de ser una mesa  
y cuando la mesa se transforme en el fuego  
y cuando todo se restituya en ti –oh Madre tierra–  
en tu terrón amargo  
tu fluirás cantando , seguramente cantando.*

“Madre tierra” cuanto gozo, “terrón amargo”, cuanta desilusión. Arteché o la inseguridad láríca.

Distinguen los analistas el tiempo y el tempo, el tiempo cronológico y el tiempo psicológico o vital, el real y el de la añoranza que revive Kavafis y escribe con minúscula y con mayúscula. Los poetas lárícos son de una inmensa riqueza en este tiempo vital que– y vuelvo a Kavafis– hace las cosas más bellas, presentes y atractivas. Arteché no tiene tiempo vital, tiempo o añoranza consistente. Arteché es un barroco, gran lector de los sonetos de la muerte de Quevedo. Arteché ama lo láríco y a la vez escribe **Destierros y tinieblas**, con el que concluimos estas notas de vaga poesía.

*Busco el pasado entero en esta mesa  
las manos que no son y están, el mundo  
que estuvo alrededor de este vacío.*

*Y al levantar de nuevo la cabeza  
huelo todo el ayer, y aquí, profundo  
me encuentro a solas con la edad y el frío.*



## COLECCIÓN MONOGRAFÍA TEMÁTICA

- |    |  |
|----|--|
| 1  | <i>Literatura española medieval</i><br>Irma Céspedes B., César García Á., John Toro A.   |
| 2  | <i>Poética de dos mundos. Chile y España en la magia creadora del lenguaje</i><br>Editores: Carmen Balart C., Irma Céspedes B. y César García Á. |
| 3  | <i>Literatura hispanoamericana moderna</i><br>Carmen Balart C. y Claudia Maureira G.   |
| 4  | <i>Poesía chilena contemporánea: Pedro Prado</i><br>Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.  |
| 5  | <i>Estudios sobre poesía chilena contemporánea</i><br>Editoras: Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.  |
| 6  | <i>Poesía de tres mundos: Grecia, España, Chile</i><br>César García Á.   |
| 7  | <i>Documento para el estudio de la historia indígena de Chile</i><br>Cristián Vergara O.   |
| 8  | <i>Estudios de fonética y literatura inglesas</i><br>Editor: Héctor Ortiz L.   |
| 9  | <i>Los términos Dios, luz, palabra, vida, en Heráclito. El Logos</i><br>Giuseppina Grammatico A.   |
| 10 | <i>Historia de Chile: 1830-1900</i><br>Guillermo Bravo A.  |
| 11 | <i>Poetas chilenos contemporáneos I: Gabriela Mistral y Pablo Neruda</i><br>Carmen Balart C.   |
| 12 | <i>Poetas chilenos contemporáneos II: Vicente Huidobro y Nicanor Parra</i><br>Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.                                |
| 13 | <i>Los Estados Unidos de Norteamérica: 1861-1865. Secesión y Guerra Civil</i><br>Diana Veneros R.  |
| 14 | <i>La cosmovisión literaria de linaje, familia y hogar en Esquilo, Sófocles y Eurípides</i><br>Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.               |
| 15 | <i>Mitos y palabra creadora de mundo en la literatura hispanoamericana</i><br>Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.                                |
| 16 | <i>Word stress and sentence accent</i><br>Héctor Ortiz L.  |
| 17 | <i>Los términos Dios, luz, palabra, vida, en Heráclito. 2ª parte. El hombre y la palabra</i><br>Giuseppina Grammatico A.                         |
| 18 | <i>Seminario de poesía lírica chilena. El hombre y su existencia</i><br>Editoras: Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.                            |
| 19 | <i>Seminario de poesía lírica chilena. El hombre y su espacio</i><br>Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.   |
| 20 | <i>Seminario de poesía lírica chilena. El hombre y su teoría</i><br>Editoras: Carmen Balart C. e Irma Céspedes B.                                |
| 21 | <i>De Cicerón a César</i><br>Erwin Robertson R.  |